

LA BATALLA DE SARKAMAT

A. Thorkent

CIENCIA FICCION



LA BATALLA DE SARKAMAT

A. Thorkent

CIENCIA FICCION





La conquista del ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

553. — Ha muerto Nong-2, Ralph Barby.

554. — Los planetoides de Kabarga, A. Thorkent.

555. — Fuga en Kil-Edra, Kelltom McIntire.

556. — Me enamoré de un robot, Joseph Berna.

557. — El ojo galáctico, Ralph Barby.

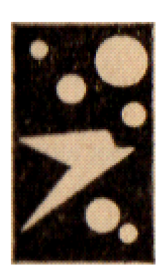
A. THORKENT

LA BATALLA DE SARKAMAT

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 558

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 4.968 - 1981

Impreso en España - Printed in Spain.

1ª edición: abril, 1981

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1979

CAPÍTULO PRIMERO

Mauro Jaspe había oído hablar alguna vez de los meskas, y consecuentemente, del planeta Mesk que en realidad nadie sabía exactamente en qué lugar de la Galaxia estaba ubicado. Tal vez en una ocasión, en algún noticiero de la televisión-trivisión, oyó hablar al invisible comentarista de las operaciones bélicas llevadas a cabo por el EEA —Ejército Expedicionario de Asalto—. Posiblemente, bostezó entonces y cambió de canal o siguió bebiendo en compañía de una agradable chica.

Pero nunca escuchó ni leyó nada acerca de Sarkamat en Tau-Ceti.

Jamás.

Sin embargo, Mauro Jaspe estaba condenado a conocer profundamente el significado de tal pléyade de nombres.

Siempre había llevado una vida fácil. En la Tierra se vivía cómodamente y sin problemas. La familia de Jaspe era una de las privilegiadas, que pertenecía al más alto estamento social.

Amigos, diversiones y dinero no le faltaban a Mauro. Había dónde gastarlo y compañía que le ayudase a pasar los momentos de tedio.

Una chica llamada Alesi le dijo una vez que la Tierra no siempre había sido así.

—¿No? —preguntó Mauro revolviéndose en el espacioso lecho y mirándola incrédulamente a los ojos.

—Había mucha gente —replicó ella, sorbiendo un poco del vaso—. Tanta que casi no cabían. Faltaban viviendas y miles o millones de

personas se morían porque no tenían qué comer y…

—Estás borracha o te has pasado con los estimulantes —rió Mauro.

—Nada de eso. ¿Sabes lo que estuve haciendo el año pasado?

Mauro se limitó a encogerse de hombros.

—Estuve en Los Gemelos —dijo ella, con mirada risueña—. Visité varios de sus mundos. Eran planetas semisalvajes, pero encantadores.

—No comprendo cómo unos mundos salvajes pueden resultar atractivos.

—He dicho semisalvajes —dijo Alesi calmosamente—.

Prácticamente ya están colonizados. No recuerdo los nombres, pero allí instalaron un centro de estudios, algo como nuestras universidades sustanciales, pero con extraños métodos. ¿Conoces a Pool Lemming?

—Creo que sí.

—Me acompañó. Al principio estuve a punto de dejarle en la estacada y volver a la Tierra, pero él insistió en pasar unas semanas en esa universidad estudiando la vieja historia de la Humanidad. ¡Fue apasionante, Mauro!

—Explícate.

—¡Sí! Allí muchas personas sienten un extraño interés por las cosas pasadas de la Tierra.

—No es preciso ir a Los Gemelos para saberlo, ¿no? —dijo Mauro, un poco enfadado—. Aquí puedes saber lo que quieras con poco esfuerzo…

—Pero no es lo mismo. Allí vi registros, un sistema muy rudimentario de trivisión. Se proyectan las imágenes en una pantalla blanca y el sonido es… es algo brutal, no se incrusta en la mente.

—Debió de resultarte horroroso.

—Al principio, sí. Pero luego te habitúas. ¡Ah, y también leí muchos libros de historia, libros verdaderos, que una tiene que ir pasando las páginas, unas láminas de papel! —Sé lo que son los libros, nena; no soy tan ignorante. Ella se levantó del circular lecho y anduvo desnuda por la cálida moqueta. Mauro la siguió con la mirada indolentemente,

pero reconociendo que Alesi tenía una figura sensacional. En cambio estaba resultando un poco pesada y engreída. ¿Qué le importaba a él lo que había hecho en Los Gemelos?

Desde la cabina higiénica, Alesi dijo:

—Hubo un momento en que en este planeta vivieron más de diez mil millones de seres. Luego, ¡paf! Ocurrió lo inevitable.

—¿Qué fue lo inevitable?

—La guerra, una guerra tremenda.

—Por supuesto que debieron de haber ocurrido guerras.

Aún existen guerras en algunas partes de la Galaxia. Lo dicen los noticieros de trivisión, pero yo siempre cambio de canal cuando comienzan con esas estupideces.

—Pero las guerras primitivas estuvieron a punto de destruir este planeta.

—Al parecer, no lo consiguieron —rió Mauro.

—Faltó apenas nada. Los supervivientes parece ser que se volvieron sensatos y reconstruyeron el mundo. Y luego se lanzaron a la conquista de las estrellas.

—Oh, Alesi, ¿vas a estar toda la noche dándole vueltas al mismo tema?

—Deberías sentirte interesado por la cultura, Mauro.

—Tengo suficiente cultura. Cuando me toque el turno de dar mi trabajo a la sociedad estoy lo suficientemente capacitado como para desempeñar un puesto honorable. Mi padre sirvió en el gobierno central y yo estoy seguro de que haré lo mismo durante el año que me reclamen.

Mauro entornó los ojos. Nadie sabía cuándo el gobierno llamaba a los ciudadanos de la Tierra para que trabajasen durante un año, pero casi siempre ocurría durante los primeros cuarenta años de vida. Luego, se olvidaban de uno y desde entonces podía estar tranquilo, que no le volverían a molestar. Se preguntó por qué no se abandonaba aquella costumbre arcaica. ¿Para qué necesitaba el gobierno que todos los ciudadanos una vez en su vida dejasen los placeres o los negocios para

entregarles doce meses?

Claro que estar durante un año acudiendo dos o tres horas al día a una oficina o departamento administrativo no resultaba muy tedioso. Mauro movió la cabeza. Pero se debía librar a los ciudadanos terrestres de aquel problema, simplemente importando más mano de obra de los planetas. ¿Por qué no? Había cientos de mundos donde sus habitantes se habrían dejado cortar una mano por pasar una temporada en la Tierra.

¡Y Alesi decía que una vez la Tierra estuvo a punto de ser destruida por sus antepasados! Tal vez fuese verdad, pero resultaba difícil comprender que el planeta más hermoso de la Galaxia siglos atrás hubiese corrido el peligro de perecer inundado por su propia mierda y la radiactividad.

Apenas vivían trescientos millones de agraciados ciudadanos terrestres actualmente en la Tierra, rodeados de lujos y paisajes hermosos, con frondosos bosques, lagos y ríos transparentes y océanos tranquilos, en los cuales, gracias a la tecnología, no ocurría una sola tormenta.

Tal vez algún día, cuando la curiosidad fuese más acuciante, acudiría a los registros y se cercioraría de si Alesi mentía o no.

La chica salió recogiéndose el cabello. Sobre sus hombros caía una capa de fina piel dorada.

—Es la hora —dijo.

Mauro entornó los ojos.

—¿Para qué?

—Eres insoportable, cariño —sonrió Alesi—. Recuerda que nos esperan los amigos. Me refiero a Bruno y Mare. Tú aceptaste la invitación de Bruno para probar su nueva nave yendo esta semana a Orión.

—¿Orión? —repitió Mauro, con ojos cansados.

—Sí, Orión V. Dicen que existen cotos de caza maravillosos, donde podremos obtener importantes piezas. No olvides que mi anterior marido empezó a coleccionar fieras, que hacía achicar y con las cuales construía unos decorados fantásticos en su finca africana.

—¿Y tú quieres empezar otra colección?

—Nada de eso. Sé que él no tiene nada de Orión V y deseo regalarle algunas miniaturas para el mes que viene.

—Eres una sentimental —sonrió Mauro, levantándose y tomando una túnica escarlata. Mientras se la colocaba, añadió—: Fuiste una atávica casándote. ¿Por qué lo hiciste?

—Fue excitante, en parte —replicó Alesi, moviendo las manos—. Ya sé que eso está convirtiéndose en algo poco habitual, pero para mí fue una experiencia inolvidable.

—¿Qué hay de tu hija?

—La vi la semana pasada. Ahora está con su padre, cuando no anda por ahí divirtiéndose. Vamos, Mauro, que nos estamos retrasando.

Salieron del apartamento y en la explanada superior del edificio tomaron un vehículo aéreo que en pocas horas les trasladó al otro lado del mundo, en el subcontinente asiático.

Mientras descendían sobre el astropuerto, Alesi explicó:

—Por cierto, aquí hubo una vez una nación llamada India. ¡No podían comerse las vacas y se morían de hambre!

—Sigues con tus fantasías, ¿no?

—Es cierto, Mauro. No me gusta que pongas en duda lo que te digo. Morían miles de personas y una ciudad, creo que se llamó Calcuta, tenía más de dos millones de mendigos y todo estaba sucio y olía mal.

—Tonterías. Esta región ahora es la más despoblada. Mis padres tienen proyectado comprarse aquí una finca de dos mil kilómetros cuadrados y…

—Eso ya me lo has contado. Eh, mira. Ahí está la nueva nave de Bruno —exclamó Alesi, señalando un reluciente huso dorado, de aguda proa.

Bajaron del vehículo y tomaron una pequeña plataforma antigravedad que Ies condujo junto a la nave dorada. Entraron y Bruno les recibió con sonrisas. Besó a Alesi y estrechó las manos de Mauro.

—Bienvenidos —dijo. Echó una mirada llena de orgullo a la nave y preguntó—: ¿Qué os parece?

—Bien, pero yo nunca me compraré algo semejante porque detesto

salir de la Tierra —dijo Mauro displicentemente. Sabía que aquella respuesta irritaría a Bruno y se sintió feliz cuando notó que su anfitrión enrojecía levemente .

—Partiremos enseguida —dijo Bruno—. Siento deciros que Mare no nos acompañará. A última hora recordó que tenía un compromiso previo y me rogó que la disculpase.

Mauro se encogió de hombros, y Alesi sonrió íntimamente halagada. Hacer una excursión con dos hombres siempre podía resultar excitante porque ella presumía que compartiría la cama con ambos.

En cambio, Mauro se sintió más relajado. La compañía de Alesi le estaba resultando monótona. Si ella queria dedicarse exclusivamente a Bruno sería mejor para él. Había pensado que la compañía de bruscas nativas siempre le había deparado momentos sexuales plenos y generalmente con experiencias nuevas para él.

—¿Estás seguro de que merece la pena viajar hasta Orión? —preguntó a Bruno con marcada indiferencia.

—Creo que sí. Existen grandes ciudades y no es tan salvaje como puedas figurarte. Bruno se dirigió al puente de mando y Alesi le siguió aferrándose a su brazo. Los vio desaparecer y él se dirigió a la sala de estar. Allí se derrumbó sobre los cómodos sillones y entornó los ojos.

Se preguntó por qué frecuentaba la compañía de personas que en realidad solían tener veinte o treinta años más que él. No es que la diferencia externa se notase, porque, por ejemplo, Alesi no parecía tener más de veinte años. Pero siempre existía la diferencia psíquica y emotiva.

Suspiró y decidió que debería buscar nuevos amigos, más acordes con sus gustos.

Pero ya no podía comportarse como un grosero anunciando a Bruno que él prefería quedarse en la Tierra. ¿Por qué demonios había aceptado la invitación? Seguramente fue la noche anterior, en la que bebió más de la cuenta y la insistencia de Alesi fue determinante para que él dijese sí a Bruno.

De todas formas la excursión no duraría más de una semana. Entonces se despediría cortésmente de su anfitrión, le daría las gracias por sus atenciones y, si podía, también dejaría allí a Alesi. Si ella se encontraba a gusto con Bruno, mejor.

Tal vez una estancia de dos o tres semanas en el polo Sur le sentaría bien. Pensó qué amigos tenía allí. No recordó ninguno. Bueno, siempre quedaba el recurso de hacer una visita a sus padres y…

Pensó de pronto en todo lo que le había estado contando Alesi. Aquella estúpida… Debió de estar drogada o algo parecido cuando algún imbécil le contó esos cuentos acerca de la vieja historia de la Tierra.

Gentes muriéndose de hambre, ciudades repletas, con millones de seres pululando por calles mugrientas y sin comida. ¡Bah! Y si hubiera sido cierto, ¿qué? ¿Por qué la gente se preocupaba por el pasado? ¿Qué le importaba a él que sus antepasados hubieran sido unos salvajes que se mataban entre sí y sentían los retortijones del ancestral hambre?

Bueno, tenía ligeras noticias de que en otros mundos que la Tierra controlaba el nivel de vida no era el mismo, pero Mauro se dijo que algún día también allí se viviría con el mismo esplendor que en el verde tercer planeta del sistema Sol.

Por supuesto, las pocas veces que él había abandonado la Tierra nunca había elegido un mundo poco atractivo para pasar unas vacaciones.

Ahora esperaba que Bruno no hubiese sido un cretino al haber preferido Orión V para experimentar su nuevo juguete, aquella nave estelar privada de la que se sentía tan orgulloso. ¿Por qué se sentía tan ufano con semejante propiedad? Mauro podía comprarse también una, pero simplemente no le seducía la idea de ser dueño de semejante trasto. Existían líneas regulares servidas por gigantescos navíos con lujos palaciegos, que él prefería usar a aquellas reducidas naves particulares.

Escuchó el aviso sónico advirtiendo de la inminencia del despegue.

Se sirvió un vaso de licor estimulante y se relajó aún más en los mullidos cojines.

Segundos más tarde supo que se hallaban en el espacio, recorriendo velozmente el sistema Solar. Cuando la nave estuvo cerca de Plutón, las luces indicaron que se encontraban ahora en el hiperespacio.

—Bueno, ¿cuánto tardaremos en llegar? —preguntó. La voz de Bruno le contestó:

—Ocho horas. ¿No te parece un récord para una nave como ésta?

—Sí, maravilloso —gruñó Mauro bebiendo el resto de su vaso.

CAPÍTULO II

—El general le espera, capitán Ulang.

El ayudante se apartó del camino del capitán Ulang y éste entró en el despacho del general Rulanger.

Permaneció en posición de firmes, escuchó que la puerta se cerraba a su espalda y siguió mirando fijamente al frente. Delante de Ulang estaba el general, sentado detrás de su mesa, larga y oscura.

—Pase y póngase cómodo, Jhon —le dijo el general alzando levemente la adusta mirada del tablero de la mesa.

Cuando Jhon Ulang se hubo sentado en una pequeña silla delante la mesa, el general movió la cabeza y apretó un botón. Las placas de metal que cubrían su mesa de trabajo se deslizaron hacia un lado y desaparecieron por unas ranuras.

Suspiró y miró, siempre ceñudo, a Ulang. Dijo con su característica voz grave:

—El Mando Supremo me ha comunicado una nueva orden, Logan. Esta vez será en Sarkamat.

—¿Qué pasa en Sarkamat, señor?

—No lo sé exactamente. Puedo anticipar le que algo grave sucede allí. Usted será ascendido al empleo de Coronel y llevará a Base Sagitario en Sarkamat, un regimiento. Se pondrá a las órdenes del general Uruncher. Es todo cuanto conozco.

—¿Qué regimiento, señor? —preguntó Ulang silabeante, con marcado reproche en el tono de su voz.

Las cicatrices del general Rulanger se acentuaron, sobre todo la larga y profunda que le cruzaba el rostro desde la frente al mentón.

—Por supuesto, el que estamos formando —replicó.

—Aún nos falta un tercio de los efectivos. Claro que si el Mando Supremo está dispuesto a enviamos como estamos ahora…

—No, nada de eso. Aún disponemos de un mes.

—¡Un mes! —repitió Ulang, amargamente.

—Sí, lo admito. Sé que es poco tiempo, pero no tenemos otra salida. Ah, capitán. Bueno, debería empezar a llamarle ya coronel…

—Soy consciente de que sólo seré coronel mientras permanezca en Sarkamat —sonrió tristemente Ulang.

—Pero es posible que conserve ese empleo, o al menos el de mayor, a su regreso.

—Iba usted a decirme algo, general —le recordó Ulang.

—Sí, claro. El Delegado en Orión me ha enviado una relación de ciudadanos de este planeta de los que podemos disponer para completar el regimiento.

—La situación debe de estar grave en Sarkamat si el Mando Supremo ha cometido esa irregularidad, ¿no? Por lo general el EEA no suele elegir los candidatos a la muerte entre ciudadanos de la clase Segunda, como son casi todos los habitantes de Orión —suspiró—. No han tenido mucha suerte esas gentes cuando se instaló aquí Base Aries.

—¿Por qué lo dice?

—Ahora una parte de ellos serán reclutados. Y se sorprenderán mucho, por cierto.

—No, nada de eso. Todo el mundo sabe que pueden ser requeridos por el gobierno. Es cuestión de ser poco afortunado al entrar en el sorteo que efectúa la computadora. Se trata de una situación de emergencia y transitoria. En breve seguiremos formando nuevas unidades con los reclutas que nos sean enviados desde planetas de la Cuarta y Quinta clase. Advertiré al Delegado que insista en sus comunicados a la población que esta leva no se volverá a repetir y…

—¿Sería humano añadir que no se volverá a repetir mientras los problemas no aumenten?

El general se movió nervioso en su sillón.

—Vamos, capitán. Perdón. Quiero decir, coronel. La situación es normal y tranquilizante. Hemos pasado momentos peores, ¿no? Al parecer el Mando Supremo no está dispuesto a perder Sarkamat así por las buenas. Tal vez piensen que con el envío de unas tropas todo se soluciona.

—Conozco poco acerca de Sarkamat. ¿Podría informarme hoy mismo al respecto?

—Confieso que tengo tantos informes de Sarkamat como usted, coronel. Sé que existe una base llamada Sagitario.

—¿Colonia humana?

—Hubo una, pero no parece que en la actualidad goce de tranquilidad. Con la llegada de los meskas fueron dispersados los colonos. Base Sagitario intento la expulsión de los invasores y…

—No lo han conseguido, obviamente.

—Al parecer, no. Pero lo que allí ocurre no parece ser excesivamente alarmante porque no se ha echado mano a las reservas.

—El Mando Supremo prefiere lanzar a la lucha al EEA, su favorito.

—A veces su ironía me irrita, coronel.

—Lo siento, señor.

—Pero se lo tolero porque es usted uno de mis mejores oficiales. Ha ascendido por puros méritos de guerra y es un experto en la lucha contra los meskas. Ha combatido contra ellos en más de ocho ocasiones, ¿no?

—Exactamente, nueve. Y le juro que no me seduce la idea de volverme a enfrentar con ellos.

—Lo comprendo, lo comprendo. Pero ésta será una buena ocasión para ascender.

—Ya sabe usted lo que me gustaría, señor.

Por un instante, el general le miró fríamente, con aversión. Ulang soportó, incluso divertido, la postura del militar. Sonrió.

—Oh, no se inquiete, señor. No volveré a insinuarle mis más íntimos deseos.

—Eso espero, coronel. Su ingreso en el EEA fue especial, no lo olvide. Tendrían que suceder muchas cosas para que… sus más íntimos deseos se pudieran volver una realidad.

Con un gesto, el general le indicó que la entrevista había terminado. Ulang se levantó.

—¿Cuándo me serán enviados los reclutas que completarán el regimiento, señor?

—En estos momentos las autoridades civiles del Delegado están enviando avisos a los elegidos. Espero que antes de los dos días estén todos en la base.

—¿Todos? —Ulang esbozó una de sus irónicas sonrisas—. Dudo que estén todos, señor. Algunos huirán de las ciudades.

—Pero serán encontrados. El Delegado dispone de buenos sabuesos para estos casos.

—De todas formas, faltarán algunos.

—Serán sustituidos. Usted tendrá a todos esos hombres y podrá transformarlos en buenos soldados. ¿Sigue el sargento Isuke bajo su mando, coronel?

—Sí. Renovó un nuevo contrato.

—No me sorprende.

—A mí tampoco, pero yo…

—¿Qué habría hecho usted, coronel?

—Nada, señor. ¿Puedo retirarme?

—Sí, por supuesto. Buenas noches, coronel.

Jhon Ulang salió del despacho rumiando en su atormentada mente mil pensamientos dispares. Dejó el edificio y cruzó la gran explanada de Base Aries. La noche era brillante y el aire cálido y fragante. Aquel mundo era aún nuevo, escasamente habitado, pero ya presentaba indicios alarmantes de corrupción. Logan se encogió de hombros. El no estaría allí mucho tiempo. Pese a todo, su contrato terminaría algún día y entonces, si seguía viviendo, huiría a alguna parte, pero siempre lejos de la férrea garra de la Tierra y su sistema brutal.

Entró en su habitáculo, derrumbándose en la cama. Pulsó un botón y la puerta se cerró. El aire acondicionado impidió que el olor de los cercanos bosques llegara hasta allí.

Tumbado y con las manos detrás de la cabeza, susurró el nombre de Sarkamat. ¿Qué diablos estaría pasando allí? Sólo cuando estuviese allí sabría algo. Pero no todo. Incluso en el mismo terreno, en el lugar de los hechos; un oficial del EEA no tenía muchas oportunidades de hacerse cargo de la realidad. Le enviaban a un frente a luchar contra una raza apenas conocida, procedente de algún lugar ignoto del espacio profundo. Se durmió cuando ingirió unos tranquilizantes. Tuvo pesadillas y se despertó seis horas más tarde cuando todavía el sol no estaba por encima de los bosques. Oyó el timbre de su puerta y abrió ésta desde la cama.

Un hombre uniformado de azul y negro, con liviano casco de titanio reluciente, entró y se cuadró a dos metros de él.

—Descanse, sargento Isuke —rezongó Ulang, sintiendo seca la garganta. Se incorporó y bebió un trago de agua helada. Luego, desnudándose, se colocó debajo de la relajante ducha. Desde allí instó al suboficial—: Dígame qué le trae por aquí.

—Acaban de llegar los reclutas nativos, señor. Ulang arrugó el ceño.

—¿No es demasiado pronto? —preguntó saliendo del agua y colocándose delante del aire caliente.

—Los sicarios del Delegado han trabajado deprisa y creo que no han permitido ninguna fuga, señor.

—Eso debe de ser. ¿Los ha visto? ¿Qué le parecen? El sargento movió lentamente la cabeza. Ulang sabía que no solía hablar mucho y a veces las respuestas debía sacárselas con mucha paciencia. Pero era el suboficial más eficaz de Base Aries y hasta podía asegurarse que de todo el EEA.

Isuke procedía de un planeta de la constelación Hércules, descendiente de colonos terrestres de raza oriental. Se decía que hacía siglos sus antepasados eran gente pequeña, muy vivaz e inteligente. Pero Isuke era alto, de más de dos metros de altura y muy fuerte. Podía romper por la mitad a un hombre robusto con sus brazos y luego arrojarlo a más de veinte metros.

—¿Qué tiempo tenemos, señor? —preguntó Isuke.

Ulang sonrió cuando respondió que sólo treinta días y luego se tornó serio cuando añadió:

—Eso ha dicho el general, pero me temo que tal vez nos embarquen algo antes. Digamos veinte días como mínimo. Calcule el entrenamiento para tres semanas. Si estamos luego más tiempo, mejor. La tropa estará más preparada.

—Hay gente de varias subrazas, señor; sobre todo entre los reclutas de cuarta y quinta clase.

—Usted sabe tratarlos y los domará.

—Es posible, pero nunca hasta ahora había visto a ciudadanos de segunda mezclados con esa escoria.

Ulang asintió. Isuke solía llamar escoria a todos los reclutas. Luego, cuando se transformaban en soldados, les llamaba asesinos y siempre dormía con un ojo abierto. Isuke sabía que si volvía la espalda a un soldado formado por él, con sus métodos, éste no dudaría en matarle. Pero también sabía Ulang que cuando se entraba en combate todos confiaban en Isuke, e incluso se dejarían matar por él.

—Será una experiencia interesante para usted, sargento. ¿Sabe si la teniente Hunting regresó a Base Aries?

—Sí, hace dos horas. Se le terminó el permiso antes de lo previsto, señor.

—Así es. Y debe de estar de un humor terrible por ello. Creo que estaba divirtiéndose bien en la ciudad.

—¿Desea verla, capitán?

—Dígale que me busque en la biblioteca, pero sólo cuando se haya calmado, ¿no le parece?

Isuke afirmó con la cabeza, torciendo un poco sus delgados labios. Fue un gesto que parecía querer ser una sonrisa.

—Luego veré a los reclutas, sargento.

—¿Esta mañana, señor?

—Sí. ¿No le parece bien?

—Señor, yo... —Isuke palideció ligeramente y aquello extrañó

sobremanera a Ulang.

—¿Qué quiere decir, sargento? Dígame lo que le ha pasado. ¿Algún problema con los reclutas?

—Bueno, sí. Ya sabe usted, señor, que durante los dos primeros días me gusta advertir a los reclutas de cómo va a ser su vida en Base Aries y me gusta mostrarme amable con ellos...

Ulang procuró que su sonrisa no fuese percibida por Isuke. Bien sabía él que la amabilidad del sargento se reducía a no pegar con su vara. Se limitaba a gritarles como un poseído por los demonios y amenazarles. Al cabo de los dos primeros días de estancia de los reclutas en la Base el sargento solía romper un par de varas diarias en las costillas de los hombres y mujeres que se atrevían a enfurecerle aún más.

—¿Quiere decir que ha pegado a un recluta, sargento? —A la pregunta de Ulang, Isuke asintió en silencio—. Eso es raro en usted, pero estoy seguro de que habrá tenido una buena razón.

—Eso espero, señor. El recluta en cuestión me sorprendió tanto e irritó al mismo tiempo, que le hubiera matado allí mismo. Señor, ¡se atrevió a querer hablar con usted primero y luego con el mismo general!

—No lo comprendo. No puede vivir nadie tan estúpido en este mundo como para ignorar que con esa actitud en Aries sólo consigue empeorar su situación. ¿Acaso no está bien de la cabeza?

—Todos están sanos, señor. El Delegado es eficaz.

—¿Estaba drogado o borracho?

—No, señor. Sereno. Al menos, lo trajeron así, aunque creo que el día antes de haber sido localizado por los reclutadores del Delegado, su estado psíquico y mental, debido al alcohol y a las drogas, era lamentable. ¡Pero le aseguro, señor, que cuando me perdió el respeto estaba en sus cabales!

Ulang terminó de vestirse, se ajustó el cinto con la pistolera y tomó la gorra pausadamente.

—Concretamente, ¿qué dice ese recluta?

—Que él no debería estar aquí, señor.

—Eso piensan todos —sonrió Ulang.

—Pero ninguno se atreve a expresarlo en voz alta.

—Cierto, cierto. Bien, sargento. Confío en que usted le ponga en cintura y le convenza de que es inútil ya resistirse. Para desgracia suya, deberá estar con nosotros dos años. Luego, si vive aún, será devuelto a su punto de reclutamiento con una paga sustanciosa.

El sargento se movió, inquieto.

—Es muy joven, señor. Y parece terriblemente asustado.

Después de que le pegué, se sentó en un rincón y gimoteó durante un rato.

—Ya le consolará alguien.

—No lo creo así, porque ha tenido la mala suerte de que ninguno de los otros doscientos reclutas de este planeta es amigo suyo. Está solo.

—Sargento, no se inquiete. Y si eso es todo, puede retirarse. Disponga a todos los reclutas de Orión para que les pase revista dentro de dos horas. Ah, y no olvide decir a la teniente Hunting que después la veré para discutir planes de entrenamiento.

—Señor, preferiría que ese recluta no formase.

—¿Por qué?

—No quisiera empezar a castigarle tan pronto. Me temo que salga de la formación y se arroje a sus pies para contarle una historia estúpida.

—Está bien —gruñó Ulang—. No estoy de humor para oír estupideces.

El sargento salió después de dar un sonoro taconazo.

Ulang olvidó pronto lo que Isuke le había contado respecto a aquel díscolo recluta. Pensó en Bárbara Hunting. Se sintió repentinamente molesto. ¿Por qué Bárbara no buscó la forma de disfrutar aquellos días de permiso antes, cuando él también pudo disponer de los suyos?

Seguro que lo habrían pasado bien los dos. Pero a veces no comprendía a Bárbara. Era una chica extraña, pero deliciosa en la cama.

Resopló y salió de su habitáculo, echando a caminar sobre la polvorienta explanada. Parpadeó ante los primeros rayos del sol.

A lo lejos, sonaron los toques militares. La vida comenzaba a despertar en Base Aries.

CAPÍTULO III

El cabo Buerguer ladeó la cabeza al mirar al recluta. Se fijó en su número y nombre y dijo lentamente:

—Soldado XLJ-378-M, Morle Darben, por última vez le ordeno que se ponga su traje de combate; ya hemos tenido demasiada paciencia con usted.

Desde el suelo, Mauro gimoteó, rebosante de rabia mal contenida:

—Mi nombre es Mauro Jaspe y soy ciudadano de Primera de la Tierra. ¡Yo tengo que ver a su...!

La fusta del cabo trazó un silbido en el aire y golpeó el rostro de Mauro, que gritó y saltó hacia atrás.

—La próxima vez, la descarga eléctrica será más fuerte y la cicatriz que le haga en su sucia cara, soldado, no se la podrá quitar jamás. ¡Póngase el traje!

Mauro se llevó la mano a la parte castigada de su rostro.

Le ardía. Sintió calambres en todo el cuerpo y muy despacio empezó a levantarse. .

El cabo retrocedió un paso y dispuso su fusta de nuevo, temiendo un ataque del soldado golpeado y humillado.

—¿Qué hay que hacer para hablar con alguien que no sea un sucio lameculos como usted, cabo? —graznó Mauro—. Quiero decir, con alguien importante.

Buerguer soltó una maldición y levantó su fusta. Mauro tomó la pieza pectoral de su traje de combate y se la colocó como escudo.

Fugazmente, Mauro intentó aclarar sus ideas.

Desde hacía cinco días, todo se había convertido en una infernal pesadilla para él. No comprendía nada realmente. Sólo sabía que estaba en un campamento militar, en donde le trataban a patadas y su vida parecía no valer nada.

Había dormido dos noches en el calabozo, y otras dos noches en un dormitorio comunal, rodeado de humanos y extraños personajes procedentes de diversos mundos, algunos con lejana apariencia de hombres.

Allí había escuchado dos toques de queda, y luego, entre las sombras, vio cómo algunas figuras se deslizaban hacia los lechos cercanos y comenzaban a fornicar. Luego silencio, algunos jadeos, risas y maldiciones, juramentos en idiomas desconocidos.

El día antes, un tal Logan, nativo de Orión IV, le había dicho:

—No valen tus argucias, amigo, para intentar convencer a estos tipos de que estás loco. Ese es un truco viejo. ¿Es que no sabes que antes de seleccionamos estudiaron nuestros historiales? Has tenido mala suerte. Debes resignarte y cooperar. Si te muestras díscolo, no saldrás de aquí. Así, tus pequeñas probabilidades de supervivencia serán nulas.

Replicó a Logan que él no debía estar allí, que todo se debía a una confusión.

Su interlocutor pareció ofenderse ante su insistencia y se alejó de él, refunfuñando.

De repente, la bruma de los recuerdos desapareció y vio de nuevo delante de él al cabo, mirándole despectivo y agitando la fusta.

—Vamos, valiente. Si eres capaz, puedes atacarme. Con gusto te convertiré en una piltrafa y luego colgaré tu cuerpo de un mástil.

Mauro titubeó. Lo había intentado todo, y sólo había conseguido paliza tras paliza.

Aquel sargento gigantesco llamado Isuke ya le había roto en la espalda un par de varas. Pero aquel cabo era peor que el suboficial; usaba fusta eléctrica que a cada golpe parecía que sus huesos iban a romperse en millones de fragmentos.

Estaban en el dormitorio.

Hacía unos minutos que los demás soldados, hombres y mujeres,

habían salido, acudiendo a la llamada. Todos se habían puesto trajes de combate pesados y complicados. Ahora estarían en el patio, maniobrando con ellos bajo el plomizo sol.

Alguien entró en el dormitorio. Sin verle, Mauro escuchó las pisadas rítmicas de sus botas caminar hacia donde estaban.

—¿Qué sucede, cabo?

Mauro se volvió lentamente.

La voz era de mujer, pero vio una figura uniformada con los distintivos de teniente. Un rostro bien formado, pero seco y adusto, le miraba alternativamente a él y al cabo.

Observó que el cabo bajó la fusta para cuadrarse.

—Es el soldado XLJ-378-M, teniente. Nos está ocasionando muchos problemas desde que llegó.

Miró furibundo a Mauro y añadió:

—Se niega a ponerse el traje de combate y unirse con los demás.

Mauro sintió sobre sí la mirada ausente de la mujer.

—¿Por qué, soldado? ¿Tan patán eres que no sabes ponértelo?

—No soy ningún patán. Soy culto y dispongo de los estudios suficientes para...

La fusta del cabo bailó ante los ojos de Mauro.

—Imbécil. Habla con respeto a la teniente Hunting.

—Soldado, le doy tres minutos para que me convenza de que no es ningún patán y se ponga el traje de combate.

—Pero...

—Silencio. Primero póngase el traje. Espero.

Mauro se mordió los labios.

Bajo la mirada seca de la mujer se desnudó totalmente.

Para ponerse un traje de combate tenía uno que estar sin nada encima.

Con rapidez, a manotazos, se fue encajando las piezas de liviano metal. Cometió un error y rectificar le hizo perder unos segundos. Estaba irritado porque la mujer le contemplaba como si fuera un bicho, no un hombre humillado.

—Le quedan veinte segundos —recordó la teniente.

Terminó de ajustar su cinturón, revisó la entrada de aire y luego, como le habían advertido, se cuadró con el casco bajo el brazo, una vez que eliminó el paso del oxígeno. Estaba completo. Sólo le faltaban las armas reglamentarias.

—Lo ha hecho a tiempo, soldado —dijo la teniente. Tenía razón; no es usted ningún patán. Ahora salga al patio y reúnase con los demás. El cabo Buerguer le comunicará luego cuál será el castigo por desacato.

Mauro sintió que su rostro ardía.

Aquella mujer le había engañado. ¿Qué podía hacer? ¿Quitarse de nuevo el traje? Posiblemente era lo que el cabo estaba esperando de él, para entrar con cierta justificación al ataque con su maldita fusta y machacarle la cabeza.

—Teniente, solicito permiso para hablarle —dijo Mauro. Bárbara Hunting estaba iniciando su camino hacia la salida. Se detuvo, giró sobre sus talones y le miró con el ceño fruncido.

—Usted no tiene nada que decirme, soldado —dijo irritada—. Aproveche las lecciones que se están impartiendo. Le servirán para conservar la vida en el lugar adonde lo llevaremos. Si sigue tan terco, le mantendremos encerrado y luego, en el frente, no sabrá actuar. Le dejaremos morir. ¿Entendido?

—Me da igual ya todo, teniente. Aquí me llaman Morle Darben, pero mi nombre es Mauro Jaspe y soy de la Tierra, ciudadano de primera, y...

La fusta del cabo le hizo callar. Cuando abrió los ojos, cercenando su dolor, Mauro vio a la teniente delante de él imperturbable.

—Salga. El sargento Isuke le espera. Si no es tonto y presta atención a sus recomendaciones es posible que tenga alguna posibilidad de volver con vida.

Apretando los dientes, Mauro salió del dormitorio. En la salida, un veterano le entregó el armamento. Sabía que estaba descargado. A

Mauro le habría complacido que el láser de mano y el rompedor hubieran estado con sus energías respectivas. El cabo Buerguer habría dejado de sonreír mientras le empujaba al exterior.

Se volvió un segundo y vio en el fondo del dormitorio a la teniente, seca y majestuosa. Le seguía con la mirada gélida.

* * *

Aquél fue el primer día de instrucción para Mauro Jaspe, y no lo olvidaría jamás.

Unas veces el cabo Buerguer y otras el sargento Isuke, siempre tenía uno al lado, hostigándole y haciéndole realizar los ejercicios más duros.

El maldito traje que le aprisionaba no le permitía ni siquiera sudar. Un dispositivo interno eliminaba el sudor. Tampoco podía pedir un minuto de tranquilidad alegando necesidad física imperiosa. El traje se ocupaba de sus excrementos y de su orina.

Mauro sabía que disponía de medio litro de agua que debía administrar para todo el día, según había oído advertirles el sargento el primer día que se enfrentaron con aquellos malditos trajes.

Cuando llevaban dos horas de ejercicios, se formaron los soldados en pelotones.

Entonces llegaron unos enfermeros que uno a uno les suministraron una dosis de un compuesto químico que no se molestaron en explicarles qué era.

Mauro se sintió reconfortado e incluso eufórico. Entonces supo que los drogarían cuando se cansasen. Más tarde sabría que sus trajes tenían grandes dosis de estimulantes y drogas, que los sargentos de grupo podrían introducirles en las venas a distancia, por control remoto. Al ponerse el traje, una diminuta aguja quedaba introducida en la vena del brazo izquierdo.

Pero aquello lo sabría Mauro más adelante.

A las voces del sargento Isuke usó sus elevadores y voló sobre las

cabezas de sus compañeros.

Saltó y cayó, siempre obedeciendo instrucciones. Dentro de su escafandra, mientras respiraba oxígeno que su traje fabricaba o depuraba, según el medio ambiente, la voz tonante del sargento le acuciaba con incesantes instrucciones.

Al caer la tarde, llegó lo peor para Mauro.

Hasta el momento, con su negativa a recibir órdenes, no había participado en ningún ejercicio duro. Pero aquel día parecía que el suboficial le hiciera pagar su holganza anterior.

Isuke le puso delante de un muro y fue ordenando a los demás que disparasen contra Mauro sus rompedores.

Mauro tembló y quedó paralizado. Cuando el primer soldado le disparó, sintió que su traje vibraba, pero seguía vivo. Entonces la voz de Isuke estalló dentro de su casco:

—¡No sea cretino, soldado Darben! Por el momento no tengo el menor deseo de mandarle al infierno. El traje de combate que lleva vale más que usted y es capaz de resistir una dosis de rompedor y una descarga de láser a potencia regular. Ahora le están disparando con mínima carga y sólo sentirá unas vibraciones, pero no morirá.

Luego le dijeron que corriese, que saltase y volase unos metros, los suficientes que permitían los dispositivos antigravitacionales.

Cuando terminó la jornada y cada compañía fue devuelta a su respectivo dormitorio, Mauro fue detenido por la mano férrea de Buerguer.

—Quítese el casco y devuelva las armas, soldado XLJ no sé cuántos.

Cuando lo hubo hecho, regresó ante el cabo, quien le miró de arriba abajo. Sonriente, dijo:

—Dormirá con el traje que no quería ponerse, soldado, y lo hará de pie. Si no se lo han dicho, sus botas poseen unos anclajes. ¿Lo sabía?

Incapaz de articular una sola palabra, Mauro asintió.

—Perfecto —el cabo seguía sonriendo—. Entonces sitúese a unos veinte metros de este dormitorio y ánclese al suelo. Dormirá allí, si puede. No quiero que se derrumbe, soldado. Por lo tanto, convierta su

traje en un tubo que aguante su asqueroso cuerpo.

Detrás del cabo vio a la teniente, charlando con un hombre, que llevaba las insignias de capitán. Ella dejó de hablar y le miró por unos segundos. No dijo nada, pero le siguió con los ojos cuando él se situó en el lugar que le indicó el cabo y se inclinó para anclar sus pesadas botas. Escuchó cómo las barras de acero descendían y se hundían en el suelo.

Estaba clavado. Entonces apretó el botón que bloqueaba las articulaciones del traje. Sólo podía girar la cabeza de un lado a otro.

Desde la puerta del dormitorio, el cabo Buerguer le miraba divertido. El sargento Isuke pasó por su lado sin volver la cabeza, como si Mauro no existiese, colocado en aquella ridícula posición, como una tosca estatua de carne revestida de metal.

Mauro no estaba dispuesto a divertir a Buerguer lamentándose. Había comprendido que si quería sobrevivir en medio de aquella locura tenía que cambiar de actitud. No estaba dispuesto ya a recibir más palizas e insultos. Se rumoreaba que pronto irían a un planeta donde tenían que combatir. Bien, se dijo Mauro. En una guerra pueden ocurrir muchas cosas. Aquel Buerguer debía tener cuidado con él y no mostrarle nunca la espalda. Tampoco debería hacerla el sargento Isuke.

Para Mauro el recuerdo de sus amigos Alesi y Bruno yacía en lo profundo de una pestilente nebulosa.

* * *

—Será difícil convertir a esos brutos en buenos soldados —se lamentó el capitán Jhon Ulang a la teniente Hunting, mientras ambos paseaban lentamente por la explanada, delante de los barracones.

—No tenemos mucho tiempo, pero lo conseguiremos,

Jhon —replicó ella sin volverse para mirarle.

El capitán se detuvo y le agarró suavemente una mano.

—Esta noche quiero que vengas a mi habitáculo, Bárbara. Ella movió un poco la cabeza negativamente.

—No tengo el menor deseo.

—Creí que ibas a responderme que estabas con la menstruación —rió él, nervioso.

—Sería una vulgaridad mentirte. Las soldados del EEA dejamos de ovular cuando ingresamos —dijo ella con irritación—. ¿Por qué has dicho esa tontería cuando tú lo sabes?

—Me ha venido a la memoria lo que me pasó con una chica hace tiempo, antes de que tuviera el nefasto pensamiento de enrolarme en este grupo de locos. Cuando quería hacer el amor con ella, y yo aún no sabía que era lesbiana, me replicaba que se hallaba en plena menstruación. La dejé cuando comprendí que era un caso único porque pasaba por el ciclo tres o cuatro veces al mes.

—Lo siento, Jhon. Simplemente no tengo ganas de estar contigo ni con nadie.

—Estás un poco rara desde que volviste del permiso...

—Maldita sea, no me recuerdes el permiso —masculló ella—. Aún me faltaban dos días cuando el general me lo interrumpió. Jhon, ¿qué están haciendo los meskas en Sarkamat?

—No lo sé. Aún no he revisado los informes acerca de ese mundo.

—Supongo que nos explicarán algo antes de desembarcar, ¿no? Sería ilógico que luchemos en un sitio desconocido.

—Cosas más extrañas se han visto en el EEA.

Estaban cerca de las viviendas de los oficiales.

—Hasta mañana, Jhon. Tendremos un día duro, ¿no? Enfadado, el capitán asintió.

—Sí. Llevaremos el regimiento a las ciénagas primero. Luego, a las montañas en donde sabrán lo que es luchar dentro de una carcasa de metal a cincuenta grados bajo cero. Que descanses, Bárbara.

—Lo haré. Cuando estemos en Sarkamat, dentro de quince días, no dispondremos de ningún momento de tranquilidad.

Ulang la miró hasta que ella desapareció dentro de su habitáculo. Se encogió de hombros, dirigiéndose al suyo.

Cuando Bárbara cerró la puerta y encendió las luces, un soldado se alzó de la silla y se cuadró ante ella.

—Teniente, he recibido la orden de presentarme a usted. Bárbara le observó un instante. El recluta Darben había ganado un buen aspecto en la última semana. Se le veía más fuerte. Después del castigo que soportó permaneciendo toda una noche dentro de su rígido traje, no había sido vuelto a castigar. Incluso el sargento Isuke le había dicho que se estaba convirtiendo en un buen soldado.

—Siéntese, soldado, y relájese —pidió la teniente quitándose el correaje. De una alacena sacó una botella y dos vasos, que llenó con un liquido dorado.

Tendió una copa al soldado, que la tomó con su rostro lleno de sorpresa. Ella le sonrió y sentose frente a él, cruzando sus bien torneadas piernas enfundadas en los ajustados pantalones negros.

—Actualmente no tenemos ninguna queja de usted, soldado Darben. Le felicito —bebió un sorbo y le miró por encima del vaso—. ¿Ha decidido abandonar su postura de supuesta locura para que le permitamos abandonar el EEA?

—Sigo diciendo que no soy Morle Darben, señora. Y añado que no pienso por ahora abandonar el EEA. Mi nombre es Mauro Jaspe, y me encuentro aquí a causa de una serie de circunstancias increíbles.

Bárbara arrugó el ceño.

—Me confunde usted, soldado. Pero creo que ahora escucharé su historia, si es que realmente tiene una.

Mauro bebió de un golpe el licor. Le ardió en la garganta pero no demostró ninguna alteración en su rostro.

—Mi amigo Bruno quiso probar una nueva nave y me invitó a un viaje. Me acompañó Alesi, mi compañera entonces…

CAPÍTULO IV

—… Ella se lió con Bruno.

— Y usted se irritó por ello, ¿no? —sugirió Bárbara.

Mauro iba por la tercera copa y se sentía más relajado.

Incluso había habido momentos en que olvidó que la mujer delante de él era una buena oficial. Y estaba empezando a encontrarla atractiva.

—Nada de eso —replicó, moviendo la cabeza con vigor—. Incluso me alegré. Cuando Alesi se alejó me sentí relajado. Entonces me di cuenta de que verdaderamente quería perderla de vista.

—Entonces, no comprendo cómo sucedió...

—Oh, es fácil de comprender —sonrió—. Bueno, conociendo un poco la forma de vivir en la Tierra, sí. ¿Ha estado usted alguna vez en la Tierra, teniente?

—No —respondió secamente. Y pensó que a ella nunca le darían el permiso para visitarla ni siquiera como turista.

—Alesi había empezado a estudiar historia antigua y se estaba poniendo muy pesada con sus extrañas teorías acerca de lo que ocurrió en la Tierra hace siglos. Ahora empiezo a comprenderla, a saber que no mentía. Pero ella estudiaba no por el mero interés científico, sino llevada por un extraño morbo.

—¿Qué pasó cuando llegaron a Orión V?

—Bruno tenía pensado visitar luego otros mundos, pero para mí quería comprar una chica. Pensó en una calamita, una chica de descendencia humanoide con abundantes pechos y furor sexual. Aquel maldito Bruno debía estar pensando quitármela luego:— Por supuesto, estaba irritado porque yo me había mostrado indiferente porque Alesi se había dedicado a hacer el amor con él, olvidándome a mí.

—Realmente son complicadas vuestras costumbres —sonrió Bárbara, divertida.

—Todo es habituarse, ¿no?

—Por supuesto. Siga, por favor. Estoy deseando conocer cómo se vio metido en este lío.

—Pasamos dos días en la ciudad, siempre buscando los lugares alegres. Nuestros certificados terrestres nos permitían gastar el dinero a manos llenas. Todo el mundo nos miraba con envidia porque

pertenecemos a un estamento difícil de disfrutar en los mundos exteriores —de soslayo vio que los ojos de Bárbara brillaban y sus labios se apretaban—. Sí, no es ético ufanarse de ser ciudadano terrestre. Por eso tal vez cambiamos nuestra táctica y adoptamos vestidos locales y simulamos ser nativos. Nos pusimos en contacto con un tipo en la ciudad, para que nos diese lo necesario para sentirnos nativos.

Mauro bebió el último trago del vaso y esperó a que Bárbara le sirviese más licor. Pero la mujer no tomó la botella y él siguió hablando de mala gana.

—Aquel hombre se llamaba Morle Darben. ¿Comprende ahora? Nos dijeron que falsificaba documentos para los perseguidos por la justicia en la ciudad.

—Posiblemente ese tal Darben recibió por la mañana el comunicado del Delegado para su incorporación al EEA —asintió Bárbara—. Luego, cuando ustedes le hicieron la proposición, creyó nacer de nuevo. A sus amigos les entregó nuevas identidades, pero a usted le dio la suya, debidamente reformada para que los agentes del Delegado no encontrasen nada anormal al buscarle.

—Sí, eso debió de ser. Darben se mostró muy contento. Dijo que para celebrar el encuentro él nos invitaba aquella noche a correr una gran juerga en la ciudad llevándonos a sitios que sólo él conocía. Creo que nos pusimos en órbita mental, entre drogas y bebida. Sólo recuerdo que Bruno y Alesi desaparecieron, y yo estuve con Darben hasta la madrugada. Cuando las chicas que contrató se despidieron, me lIevó a su casa y me acostó en su cama. Yo ya estaba convertido en una masa alucinada, que apenas veía más allá de mis narices. Me dormí y cuando desperté una porra de acero me hundió las costillas. Vi delante de mí a unos hombres uniformados de rojo.

—Los agentes del Delegado. Como Darben no se presentó, comenzaron a buscarle —dijo Bárbara—. Bueno, creo que estuvieron buscando a casi todos los reclutados. ¿Qué pasó?

—Yo apenas podía hablar, y mal les dije que no eran quien buscaban. Pero ellos vieron unos documentos y mi imagen holográfica en la placa de identificación de Darben. También estaban mis huellas y potencial encefalográfico. Aquel perro de Darben había hecho su mejor trabajo y cuando yo les dije que era una confabulación, me dieron una paliza y me trajeron a Base Aries.

—Ese Darben estará escondido ahora bajo tierra y no saldrá hasta que le digan que la expedición con los últimos levados ha partido de Orión V —suspiró Bárbara—. Ha sido un tipo afortunado. Supo reaccionar a tiempo. Creo que nunca se ha llevado a la práctica una recluta para el EEA en este planeta. Esta ha debido de ser la primera.

Bárbara le sirvió licor y Mauro se lo agradeció con un gesto.

—No sé mucho aún para qué sirve el Ejército Expedicionario de Asalto, pero me parece que es un núcleo de facinerosos de toda la Galaxia.

—Más o menos, si exceptuamos a los cientos de nativos de Orión, los demás son criminales, asesinos y defraudadores. Los hombres y mujeres humanos o subhumanos son la peor calaña de cien planetas.

—¿Presidiarios?

—O elementos a punto de ser juzgados. Incluso los hay que fueron condenados a muerte.

—¿Les ofrecen servir en este ejército a cambio de la libertad?

Bárbara soltó una carcajada.

—Nada de eso. Les dicen que la ley tal y cual permite que sean incorporados al EEA. Estarán aquí el cincuenta por ciento del tiempo al que fueron condenados, o posiblemente lo hubieran sido. Pero está demostrado que apenas el ocho por ciento es licenciado. Los demás mueren en los frentes.

Mauro miró a Bárbara fijamente. Ella soportó su mirada y le apremió:

—Vamos, ¿no iba a preguntarme si yo también soy una delincuente?

—Esa era mi pregunta, pero...

—Los oficiales del EEA procedemos de otros cuerpos con más honor, soldado. Si estamos aquí es porque hemos cometido alguna falta, no muy grave, y con algún tiempo de estancia nuestra hoja de servicios queda limpia. Pero no todos los oficiales y jefes se hallan aquí por idénticas circunstancias. Por ejemplo, el capitán Ulang ingresó voluntariamente en el EEA.

—¿Por qué, está loco?

—Ni lo piense, soldado. Jhon Ulang es posiblemente el mejor oficial

del EEA. Lleva cinco años y ha participado en muchas campañas. Pero no le pregunte por los motivos. Nunca los sabrá.

—Tiene gracia —sonrió Mauro—. En la Tierra, nunca pensé que existiera algo semejante a este cuerpo armado.

—Casi nadie en la Tierra sabe que existimos. Luchamos por ella y sin embargo nos ignoran. Morimos por la Tierra, para mantener su grandeza y la vida de disipación de sus privilegiados habitantes, y ni siquiera nos permiten poner nuestras plantas en sus bien cuidadas ciudades o limpias playas.

—Aún no sé contra quién luchamos.

—¿No ha oído hablar en la Tierra de los meskas? —preguntó Bárbara, con sorpresa.

—El nombre me suena vagamente, pero no sé qué es.

Los meskas proceden de un mundo o serie de mundos llamados Mesk. Y no me pregunte más, porque nadie sabe dónde está ni de dónde vienen esos malditos monstruos. Desde hace años se infiltran en los mundos controlados por la Tierra y los saquean. A veces intentan asentarse en ellos definitivamente.

— Pero algunos propósitos tendrán los meskas. ¿Es que nunca se han sentado los representantes de la Tierra a dialogar con ellos?

—No se puede dialogar con un meska. Somos diferentes, demasiado. Los prisioneros que tomamos sólo duran unas horas. Se matan cuando se sienten indefensos. Y no podemos impedirlo. Al parecer poseen la facultad de convertir su extraña mente en materia estéril con sólo desearlo.

Mauro movió la cabeza.

—Todo eso es absurdo.

—También su estancia en el EEA es absurda, Mauro. Creo que hablaré con el capitán Ulang y podremos arreglar su situación. No podemos correr el riesgo de embarcar a un ciudadano de la Tierra en una peligrosa aventura de guerra contra los meskas. Los gobernantes terrestres se pondrían furiosos al saber que lo permitíamos.

Aquellas palabras de la teniente no alegraron a Mauro. Se limitó a asentir en silencio.

—Pero —siguió diciendo Bárbara—, los trámites durarán unos días, y mientras tanto, no podrá dejar su vida cotidiana en la base. Quiero decir que deberá seguir con los entrenamientos. Legalmente es un soldado. Sólo cuando recibamos confirmación de la Tierra de su identidad le dejaremos marchar.

—Es igual. No importan unos días. Teniente, ¿por qué ha querido escucharme?

—Simple curiosidad —sonrió ella—. Hasta ahora nadie ha insistido tanto como usted para evitar luchar contra los meskas. Al principio le creí un imbécil pretendiendo hacerse pasar por loco. Esta noche decidí hablarle para salir de dudas.

—¿Me cree ahora?

—Totalmente. Su historia es real. ¿Sabe lo que tenía pensado para usted?

Mauro sonrió.

—Creo que me gustaría saber qué me habría pasado si no la hubiese convencido.

—Le habría echado a patadas de aquí y habría ordenado al sargento Isuke que fuese más duro con usted.

Mauro pensó que tal cosa hubiera sido difícil, a no ser que Isuke lo despellejara vivo.

—Dígame la segunda alternativa.

—Hacer el amor con usted esta noche, ahora —replicó Bárbara mirándole fijamente, aguardando su reacción—. ¿No se sorprende?

—En poco tiempo me he acostumbrado a no sorprenderme de nada, teniente —se levantó y ella hizo lo mismo. La salida del cuarto estaba cerca y también la cama.

Mauro dejó que transcurrieran unos segundos. Entonces retrocedió un paso y puso su mano en el pomo de la puerta. observó que Bárbara hacía un gesto de contrariedad.

—Es usted sensato, soldado. Las ordenanzas dicen que el castigo para un soldado, hombre o mujer, que haga el amor con un superior, de cualquier sexo, es la muerte por desintegración.

—¿De veras que si me descubrieran ése sería mi castigo? —preguntó sonriendo—. ¿Y para el superior que sedujera al soldado?

—Nada grave, Mauro —dijo Bárbara, empezando a darle la espalda—. Para el EEA un soldado carece de valor, mientras no esté en combate. Pero los oficiales casi son irreemplazables. Nos permiten ciertas licencias.

El tenía la puerta medio abierta y la cerró de golpe Acercándose a la mujer, dijo:

—Me quedo. .

* * *

Dos días más tarde, en un descanso durante unos duros entrenamientos con fuego real, la teniente Hunting llamó Mauro.

Su voz sonó carente de emoción cuando dijo:

—He realizado indagaciones por mi cuenta en la ciudad Mauro. Sé dónde está escondido el verdadero Morle Darben. Sólo es necesario que pase un comunicado al Delegado para que éste le detenga. Supongo que mañana mismo serás libre de marcharte de aquí.

Mauro, a través del visor de su casco y sosteniendo las pesadas armas, miró a Bárbara, intentando descubrir en ella la más ligera emoción humana.

Pero fuera de la cama, ella dejaba de ser mujer. ¡Cuán diferente resultaba vestida con su traje liviano de batalla a la que gemía entre sus brazos!

—Olvídalo, Bárbara.

Consiguió que ella se sorprendiera y él se alegró porque volvía a verla humanizada.

—¿Qué dices? ¿Es que te has vuelto loco?

—No. Quiero ir hasta el final. Te ruego que no digas nada a nadie. Y llámame siempre Morle Darben. Tal vez cuando regresemos de Sarkamat haga una visita a ese Darbe y le aplaste los dientes.

—No estés seguro de volver de Sarkamat —gruñó Bárbara.

—Eso lo veremos.

—¿Por qué haces esta locura, Mauro?

—Soy Morle, no lo olvides. ¿Quieres una explicación? Tiene gracia, porque ni yo mismo puedo explicarme el motivo que me impulsa a ir a ese maldito planeta a luchar contra unos seres que nadie conoce. ¿Es aceptable para ti si te digo que quiero vivir intensamente algún tiempo? La vida ha sido fácil para mí desde que nací. Y ahora que conozco los mundos exteriores, como son, deseo, si la suerte me acompaña, regresar a la Tierra y gritar a muchos la verdad. Si te satisface esta explicación, acéptala. Es la más noble que he encontrado.

Ella suspiró.

—Creí que lo hacías por estar a mi lado.

—Añádelo. Me gustas, Bárbara, pero no es amor lo que siento por ti porque, tal vez, no lo he sentido nunca por ninguna mujer. Puedes elegir todos los motivos que más te halaguen, Bárbara. Me da igual. Sólo quiero seguir aquí y ver más realidades, por sucias y amargas que sean.

—Me sorprendes, Mauro. Y me alegro. Desde el primer momento que te vi pensé que no eras un tipo corriente.

Sonaron los avisos para que las tropas se reagruparan.

Los instructores empezaron a volar sobre los soldados instigándolos a darse prisa.

Uno se acercó hasta ellos pero retrocedió al descubrir a la teniente al lado del recluta que se retrasaba.

—Vuelve con la sección, Morle Darben —dijo ella, recalcando el nombre—. ¿Nos veremos esta noche

—Claro que sí. Me gusta el riesgo. Es una sensación extraña, pero íntimamente estimulante. Hacer el amor contigo corriendo el riesgo de morir por ello lo convierte en algo sexualmente sublime.

Se alejó riendo y Bárbara meneó la cabeza. Aún estaba confundida cuando retornó al vehículo donde el huraño capitán Ulang la esperaba

para supervisar los próximos ejercicios.

CAPÍTULO V

El general Rulanger se levantó de su asiento cuando Jhon Ulang entró en el despacho. Todavía el capitán le estaba saludando cuando le dijo:

—Coronel Ulang, los acontecimientos se han precipitado y... —se fijó en las hombreras del hombre que tenía delante y frunció el ceño—. ¿Por qué no luce los distintivos de coronel?

—No lo creí todavía conveniente, señor.

—Pues hágalo a partir de hoy, porque mañana mismo embarcará su regimiento con dirección a Sarkamat y un coronel debe ir al frente de él, obviamente.

Ulang palideció.

—Eso no puede ser, señor...

—¿No? Pues se trata de una orden directa del Mando Supremo, coronel.

—Aún faltan diez días para que la preparación de los soldados esté finalizada.

—Le advertí que corríamos el riesgo de no cumplir el periodo de entrenamiento.

—Usted temió que no llegásemos, a cubrir el mínimo de veinte días. Y sólo llevamos diecisiete. Mañana empezábamos a explicar a los soldados lo poco que sabemos de los meskas

—Puede hacerlo durante el viaje a Sarkamat.

—¿A cinco mil hombres apretados en una nave de transporte, señor? Bastante tendrán para no matarse entre sí. Y encima quiere usted que les demos pelos y señales de sus futuros enemigos. No es la forma más lógica de hacer un viaje pacífico, señor —masculló Ulang.

—Lo siento, coronel. Pero son órdenes y debemos cumplirlas. En Sarkamat usted se pondrá bajo el mando directo del general Uruncher, en Base Sagitario —meneó la cabeza Rulanger, añadiendo—: Eso si para cuando lleguen aún existe tal enclave.

—¿Tan mal se han puesto allí las cosas?

—Peor, creo. Los meskas han desembarcado más tropas en un lugar distinto a donde había establecido su cabeza de puente. Lo que parecía ser una confrontación más, un forcejeo de tanteo, se está convirtiendo en algo grave, muy grave. Las naves meskas están penetrando más allá de las líneas que controla nuestros cruceros, que encuentran dificultades en mantener las líneas a abiertas para el avituallamiento del ejército del general Uruncher.

—¿Los meskas bloquean Sarkamat?

—Aún no. Pero si las maniobras de la flota no prosperan, pueden hacerlo en pocos días. Tal vez ante esta eventualidad, el Mando Supremo ha decidido adelantar en unos días la fecha de su partida, coronel —tomó una abultada hoja de metal y la entregó a Ulang—. Aquí están sus instrucciones, que deberá revisar durante el viaje, no antes.

Ulang tomó el objeto y lo guardó sin mirarlo.

—¿Cuándo será la partida?

—Creo que ya se lo he dicho. Mañana a primera hora serán enviados al astropuerto. Allí les espera el carguero «Eventul».

—Es un trasto. Dudo que lleguemos a Sarkamat.

—Pero muy seguro en el hiperespacio. Viajarán por él hasta una distancia mínima de un millón de kilómetros de Sarkamat.

—Otro riesgo más, señor. La tolerancia es de dos millones para obtener un cien por cien de entrada en el espacio normal.

—Suerte, coronel —dijo el general tendiéndole la mano, que Ulang estrechó con poco entusiasmo—. Tengo entendido que el Mando Supremo estará pendiente de lo que suceda en Sarkamat y pronto será enviado un cuerpo de ejército aún más poderoso, con cubierta de naves de combate de primera línea.

Ulang saludó y salió del despacho. Durante el camino de regreso a su

dormitorio fue palpando dentro del bolsillo de su casaca la fría lámina con las instrucciones codificadas.

Decidió por un momento olvidarse de todo. Estaba anocheciendo y estaba cerca del habitáculo de Bárbara., Vio una ligera luz filtrarse por la opaca ventanilla.

Sabía que ella nunca cerraba con seguro la puerta. Su mano se dirigía hacia el abridor cuando la hoja empezó a deslizarse. Apenas tuvo tiempo de pegarse a la pared. Luego retrocedió unos pasos y se preguntó quién sería aquel tipo que se estaba despidiendo de Bárbara.

Cuando pasó delante de él y vio que se trataba de un soldado raso, experimentó un ramalazo de ira. Estuvo a punto de gritar, de ordenar al soldado, posiblemente un recluta, que se detuviese. Pero le dejó alejarse.

Sólo entonces entró.

Respiraba entrecortadamente cuando vio a Bárbara de espaldas, con un pie dentro del tubo de la ducha. Debió de hacer ruido y ella se volvió, mirándole entre sorprendida y furiosa.

—Debiste llamar antes de entrar.

—No lo he hecho otras veces.

—Entonces estabas invitado. Ahora, no. ¿Qué quieres?

—Siempre he sido sincero contigo. Venía a pedirte un poco de compañía, aunque nada más fuera un poco de amor rápido brindado por ti generosamente.

—Muy humilde por tu parte —sonrió ella.

—Mañana partimos, Bárbara. Espero que tu joven amante esté descansado al amanecer.

Ella le miró con altanería.

—¿Piensas denunciarle? Si no le has visto la cara puedes llamar al centinela y pedirle que le impida entrar en el dormitorio y se confunda con los demás.

—No le he visto la cara, es cierto, pero creo saber de quién se trata —Ulang movió la cabeza—. Y en cuanto a denunciarle… ¿Para qué? Posiblemente dentro de unos días no sea nada más que una bola de

carne quemada o un cadáver roto por la mitad a causa de un láser.

—Eres muy generoso, Jhon —rió ella con sarcasmo—. Ahora, si me lo permites, deseo tomar una ducha.

Ulang hizo un gesto y salió.

Sí, él sabía que se trataba de aquel maldito recluta, el mismo que, según los informes del sargento, se había mostrado tan díscolo apenas llegó a Base Aries. Pero ahora el muy condenado se había convertido en un buen soldado, incluso ganándose la admiración de lsuke y el recelo del cabo Frank Buerguer.

Pero él podía esperar. En Sarkamat estarían algún tiempo y allí sobrarían las ocasiones. Allí la muerte era algo tan normal como el respirar.

* * *

Los acontecimientos que ocurrieron al día siguiente fueron una vorágine tumultuosa para Mauro.

Las tropas fueron despertadas antes del alba y por medio de los altavoces se ordenó que se vistiesen con los equipos completos de combate. Cada hombre y mujer recibió su dotación de armas, munición, reservas de alimentos y energía.

Por compañías, el regimiento fue introducido en largos vehículos. La caravana partió de Base Aries cuando los primeros rayos del sol surgían por los montes helados.

El viaje hasta el astropuerto militar duró apenas media hora y durante aquel tiempo los soldados no pudieron intercambiar palabra alguna con su compañero porque los mandos suprimieron los comunicadores alojados en los cascos.

Mauro vio que quien se sentaba a su lado le hacía señas.

Le miró el rostro a través del azulado plástico del casco y vio que era el nativo de Pegasus. Un tipo de rojiza cara delgada y enorme tronco hercúleo.

Prestó atención a lo que quería decirle, pero terminó moviendo la

cabeza, indicando que no le comprendía. El ser de Pegasus se llamaba Zalunt y no parecía mal compañero. Mauro lamentó no comprenderle. Le vio alzarse de hombros y regresar a su actitud pensativa.

De los vehículos fueron sacados a gritos. Los suboficiales les chillaban dentro de sus cascos desaforadamente. En fila india, los soldados fueron entrando en unos tubos que los conducían directamente al interior de un enorme carguero militar.

Dentro de la nave, marinos de la flota de guerra fueron indicando las diversas direcciones que debían tomar por los pasillos. Junto con otros cien hombres, Mauro entró en una estancia llena de literas metálicas con colchones hidráulicos. Recordó las instrucciones y realizó las maniobras precisas. Se tumbó en su litera después de colocar las armas en el cajón situado debajo de ella. Luego intentó relajarse.

Volviendo un poco la cabeza vio que un marino empujaba a un soldado que parecía mostrarse torpe. Con la ayuda de otros navegantes fue tumbado y le agarraron al colchón con correas. Por un momento el casco del soldado se volvió y Mauro descubrió que se trataba de una hembra humanoide de apariencia lagartoide. Parecía gritar, pero ningún sonido podía surgir de su traje.

Llegó un sanitario y le introdujo un líquido a través del orificio de su brazo izquierdo. Al instante, la soldado quedó inmóvil.

Entonces sonó una voz metálica dentro del casco de Mauro. Una orden que iba dirigida a los cinco mil hombres embarcados.

—Les habla el coronel Ulang. Dentro de breves minutos partiremos. Recuerden las instrucciones que recibieron para este caso. Cada uno de ustedes debe relajarse y dejar que los líquidos intravenosos sean asimilados por sus organismos dócilmente, sin la menor resistencia. Serán dormidos y harán el viaje en suspensión animada.

»Mientras duerman, recibirán las últimas instrucciones nemónicas en el subconsciente. Lógicamente, supondrán todos que vamos a entrar en combate, y ya puedo decirles que nuestro destino es el planeta Sarkamat en Tau-Ceti y el enemigo de la Galaxia Central al que nos enfrentaremos es Mesk.

»La mayor parte de ustedes es pura bazofia que no merece vivir, pero el Mando Supremo de la Tierra les brinda la oportunidad de redimirse luchando por la civilización que los terrestres han diseminado por cientos de mundos. ¡Por la gloria de la Tierra, soldados! ¡Recuerden que pertenecen al EEA, luchen y sepan morir con honor, ya que no

han sido capaces de vivir con dignidad!

Mauro cerró los ojos, sintiendo ganas de vomitar. Sabía que si lo hacía, lo que echase sería evacuado a un alojamiento diminuto de su traje que lo eliminaría en pocos segundos, al mismo tiempo que recibiría una dosis de algún medicamento que le repondría del mal momento.

Las luces del dormitorio fueron amortiguadas. Sintió un ligero frío en su brazo izquierdo. Le estaban inyectando alguna droga para dormirle y conservarle en estado de animación suspendida durante el viaje, que no sabía cuánto tiempo podría durar. Esbozó una sonrisa amarga. Les llevaban al matadero y ni siquiera les permitían vivir los últimos días de paz. De la nave saldrían para combatir. Se habían puesto los trajes de combate y ya no podrían quitárselos mientras durase la campaña ni para dormir.

Mauro pensó que muchos soldados ignoraban aquello. Posiblemente todos. Pero Bárbara se lo dijo una noche. Consideró que aquella mujer, hermosa pese a sus deseos de no parecerlo, era extraña, introvertida. Sus reacciones no podían ser previsibles.

Sintió pesadez en los párpados. La droga estaba haciendo su efecto. Pensó en los meskas. ¿Qué eran aquellos seres contra los que tenían que luchar? Maldita sea, gruñó entre dientes. No les habían dicho nada de ellos. Desconocían el aspecto que tenían y si eran buenos guerreros.

Recordó las palabras del bastardo coronel Ulang. Durante el sueño recibirían las instrucciones al respecto. ¿Pero serían las suficientes para tener alguna probabilidad de sobrevivir?

Mauro no pudo pensar nada más. Se sumió en la más total negrura y su mente quedó vacía.

* * *

Jhon Ulang dejó caer el papel con el mensaje que había leído a los soldados. A su derecha estaba el comandante del carguero, dando instrucciones por el comunicador para la partida.

Sintió que Bárbara Hunting se le acercaba y por encima de su hombro

miraba el mensaje.

—Muy patriótico —susurró ella, con sorna.

—Es vomitivo —masculló UIang, cogiéndolo y haciendo con él una bola que arrojó al conducto de los desperdicios.

—Desde hace tres siglos ha servido para enviar a los soldados las últimas palabras de sus jefes. ¿Acaso tú habrías dicho algo diferente?

Ulang negó con la cabeza.

—Creo que habría dicho algo de lo que incluso tú te habrías escandalizado —sonrió amargamente—. He insultado a esos desgraciados que ahora están siendo dormidos y además les digo que van a morir por la gloria de un planeta que nunca han visto ni podrán ver, aunque salgan ilesos de la guerra, porque siempre serán considerados una pura mierda, sólo válida para convertir en placentera la vida de un montón de millones de seres que los ignoran, que no saben que existen y que luchan por ellos.

—Creo que en la Tierra tampoco se conoce la existencia de los meskas.

—Me cuesta trabajo creerlo, Bárbara. ¿Cómo pueden vivir sin saber que existe una raza que no se ha doblegado a la ambición de la Tierra? Los meskas no deben de ser tan imbéciles como los nativos de otros mundos que se dejaron dominar y esclavizar con los engaños de los lacayos de la Tierra. Ellos nos plantaron cara hace muchos años. Incluso están consiguiendo mantener en secreto la localización de su mundo de origen.

Lentamente, Bárbara se sentó al lado de Ulang, se colocó las cintas de seguridad y echó la cabeza hacia atrás, hasta apoyarla contra el reposadero.

—Me temo que los meskas nos están estudiando, midiendo nuestro poder. Y lo peor de este sucio imperio es que los defensores de él son mercenarios y soldados obligados, sin ápice de patriotismo.

—Eso dejó de existir milenios atrás.

—No estoy de acuerdo contigo, Jhon. Un pueblo puede luchar por su supervivencia y entonces tiene alguna probabilidad de vencer. ¿Pero tendremos nosotros alguna de triunfar si esto sigue igual, convirtiendo en soldados de choque a maleantes o reclutando gentes de un planeta que casi esclavizamos cuando no completamos el cupo con las cárceles

y penales de los planetas que controla la Tierra?

—Ese es un problema para nuestros políticos —bramó roncamente Jhon.

—Oh, seguro. Ellos y un grupo de científicos y militares crearon hace muchísimo tiempo el soldado perfecto. También le diseñaron un traje de combate que era casi invulnerable, pero no previeron que el hombre que debía llenarlo tenía que ser casi invulnerable, es decir, casi un ser superior.

Ulang se volvió para mirarle fijamente.

Sintió una extraña vergüenza. Bárbara parecía expresar en voz alta sus pensamientos, los que él no se atrevía a convertir en palabras.

Y ella añadió:

—La simbiosis traje de combate y hombre o mujer podría ser perfecta siempre que el periodo de instrucción fuese completo. Pero no sucede así. Apenas disponemos de un mes para entrenarlos. Y durante ese tiempo, destruimos a los soldados psicológicamente. De los cinco millares que transportamos al combate, morirán más de la mitad antes de una semana. Y eso contando con que el curso de la guerra no nos sea demasiado desfavorable.

— Todo eso lo sé —dijo Ulang sin atreverse a mirarla.

—Jhon, la guerra no debe de ir muy bien para nosotros. ¿Cuándo fue la última vez que combatiste a los meskas?

—Fueron pequeñas escaramuzas. No eran batallas. Nunca los vi de cerca.

—Yo nunca he luchado contra ellos. Siempre he intervenido en mundos con problemas políticos, sofocando rebeliones aisladas. Ahora será distinto.

—Si, será distinto.

No siguieron hablando.

El comandante del carguero había dado la orden de partida. Volviéndose a Ulang dijo:

—Partimos, coronel.

CAPÍTULO VI

—¿Un solo regimiento? —barbotó el general Uruncher—.

Aquí necesitamos diez divisiones al menos y también una flota espacial situada constantemente cerca de este planeta, coronel.

El coronel Ulang siguió con los ojos el pasear iracundo y nervioso del general Uruncher.

Apenas hacía tres horas que consiguieron desembarcar en Sarkamat.

Había sido difícil. La aproximación al planeta estuvo llena de peligros. Cuando salieron del hiperespacio, hicieron su aparición tres pequeñas naves meskas que a punto estuvieron de mandarlos al infierno antes de entrar en el espacio protegido por las baterías de superficie del EEA.

Pero el carguero tuvo que tomar contacto con el reducido astropuerto de la Base Sagitario precipitadamente, y allí había sufrido serias averías que por el momento le impedían volver a elevarse.

Todavía estaban siendo trasladados los soldados del regimiento a las instalaciones subterráneas cuando él fue requerido por el general en su despacho.

—Desearía conocer lo antes posible la situación en Sarkamat, señor —sugirió Ulang.

El general Uruncher asintió con vigor. Se acercó a un plano holográfico y con un puntero fue señalando una serie de puntos azules.

—Estas son nuestras posiciones más sólidas, coronel. Hace una semana, eran un diez por ciento más numerosas. Hace tres días tuvimos que abandonar algunas, y otras nos las arrebataron los meskas. Retrocedemos desde todos los puntos en dirección a Base Sagitario. El enemigo parece querer concentramos allí. ¿Para qué? Ojalá lo supiera. Es tan simple creer que quieren tenemos situados en ese sector que no puedo tomarlo en consideración.

—Conocemos poco las reacciones de los meskas, señor.

—Exacto. Pero ellos parecen saber más de nosotros que a la inversa.

—Poseen la ventaja de asestar los golpes en los sitios que deseen —asintió Jhon—. En cambio, nosotros tenemos que estar a la expectativa, vigilando mil mundos, aguardando siempre sus ataques.

—Pero hasta ahora se han limitado a asaltos relámpagos, a mantener algún tiempo una cabeza de puente en algún mundo y luego marcharse dejándonos con un palmo de narices.

—Y ahora es diferente, ¿no?

—Sí, eso me temo, parecen querer conquistar este planeta.

—¿Está seguro de que ésa es su intención?

—Hemos arrasado millones de kilómetros cuadrados, coronel, llenando de radiactividad zonas cultivables, haciendo ver al enemigo que si siguen aquí y terminan apoderándose de este mundo, no les va a servir para nada. Pero ellos siguen trayendo tropas, burlando nuestros cercos, y cada vez resulta más difícil a los pocos cruceros que disponemos dominar el espacio de Sarkamat.

—Nos interceptaron tres pequeñas naves meskas que a punto estuvieron de aniquilamos.

—Lo sé. Y se vuelven más audaces por días —el general se acercó a su mesa de trabajo y la golpeó con rabia—. Si supiéramos dónde está su mundo de origen podríamos llevar allí una expedición que les hiciera ver que con nosotros no se juega.

—Señor, ¿ha propuesto al Mando Supremo la posibilidad de dejar Sarkamat en manos de los meskas?

El general le miró como si hubiera pronunciado una blasfemia en un templo rebosante de fieles.

—¿Retroceder? ¡Nunca ante los meskas, esos monstruos!

No comprendo cómo ha sido capaz de decir tal cosa, coronel.

—Señor, no es una locura. Desde el espacio podríamos neutralizar este mundo bombardeándolo. Morirían miles o millones de meskas y ellos comprenderían que nunca obtendrían un planeta de nosotros.

—Olvide eso, coronel. Mis órdenes son expulsar a los meskas.

—Tengo entendido que existía una próspera colonia en Sarkamat…

—Sí, eso creo. Cuando yo me hice cargo de la defensa de este planeta, apenas existía tal colonia, al menos organizadamente….

—¿Fue evacuada, señor?

—¡Qué tontería, coronel! No podemos distraer naves en sacar de este infierno a un montón de civiles despreciables.

—¿Por qué los llama despreciables?

—Mire, coronel. Usted tendrá oportunidad de conocer a esos colonos. Y estará de acuerdo con mi apreciación. No merecen que nos matemos por ellos. Y así es, porque nosotros luchamos por lo que es nuestra civilización, por el EEA y, sobre todo, por la Tierra. Esos malditos colonos nunca nos recibieron bien, pese a que estamos aquí muriendo por defenderlos. Y le advierto que últimamente nos odian mucho más que cuando llegamos.

—¿Qué motivos tienen?

—¿Cree que yo lo sé, coronel? —el general soltó una risa nerviosa—. Descúbralo usted si puede.

Ulang echó un nuevo vistazo a los mapas holográficos.

—¿Cuáles son las posiciones del enemigo?

Uruncher iluminó con su puntero varios núcleos de luces rojas.

—Suponemos que están aquí. No estamos seguros. Se mueven a menudo, cambiando sus emplazamientos. Pero construyen refugios subterráneos y desde allí nos atacan.

Ulang apretó los labios.

—Mi experiencia anterior con los meskas no fue muy amplia. Casi se tanto como mis bisoños soldados. ¿Qué armas disponen ahora? Les conocí una especie de rayos láser de amplio foco, proyectiles y lo usual. Sus naves son extrañas y apenas buscan combate. ¿Qué hacen aquí ahora?

—Sabemos que sus cargueros con suministros burlan fácilmente el cerco cada vez más precario que les imponemos. Derrochan cantidades

ingentes de energía y también de soldados. Combaten siempre apoyados por la artillería y unidades de combate blindadas que se mueven lo mismo por el aire que por superficie.

—¿Enemigos capturados?

El general se encogió de hombros.

— Ya se imaginará la respuesta, coronel. A las pocas horas de capturarlos se auto liquidan. ¿Sabe cómo?

—Sí, sus cerebros se licuan en una masa pestilente. No soportan el cautiverio o están condicionados para suicidarse. ¿Es que nunca podremos saber de dónde proceden y qué pretenden?

* * *

—Indudablemente, no —dijo pausadamente Bárbara.

—Eso mismo me respondió el general, querida —dijo Jhon con abatimiento—. Y mientras no sepamos esas respuestas, seguiremos convertidos en marionetas.

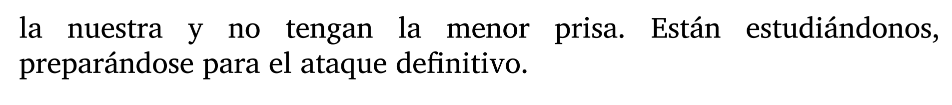
Bárbara había acudido al diminuto habitáculo que le habían asignado al coronel en la base. Después de discutir algunos problemas con los otros oficiales del regimiento, ella se había quedado.

—Otra cosa que no comprendo es cómo el Mando Supremo no lanza sus reservas, que todos sabemos son importantes, contra los distintos núcleos desde los cuales nos hostigan los meskas. Podríamos expulsarlos de nuestra zona galáctica en unos meses. Incluso podríamos seguirlos en su huida y tal vez averiguar cuál es su mundo, de dónde proceden.

—Jhon, a veces sospecho que el Mando Supremo se comporta con increíble ineptitud en esta guerra…

—¿Llamas guerra a este absurdo? Bah, esto es sólo una locura, unos veinte planetas dispersados en millones de parsecs cúbicos donde nuestras tropas parecen estar siendo catalogadas y medidas por los meskas.

—Tal vez ellos dispongan de una existencia temporal muy superior a


la nuestra y no tengan la menor prisa. Están estudiándonos, preparándose para el ataque definitivo.

—¿Y cuándo puede ocurrir tal cosa?

—Qué sé yo. Quizás dentro de un siglo sea pronto para ellos, y al cabo de un milenio sea el tiempo prudencial para sus planes.

Jhon se pasó la mano por la cabeza.

—Quiero estudiar contigo el plan de ataque que me ha ordenado el general.

—De entrada tengo que decirte que me parece una locura el intento de asalto a esos valles. No disponemos de datos de las defensas meskas, casi todas subterráneas. ¿Por qué el general quiere que ataquemos el punto llamado Councentro.

—Ese viejo zorro no es muy explícito. Dice que según estudios exactos, los meskas lanzarán desde allí un gran ataque contra Base Sagitario.

—¿Despreciarán las defensas de los flancos?

—Sí. Hasta el momento los meskas han usado una táctica ilógica según nuestro criterio militar. En algún momento podrían modificar su actitud. Y creo que si yo fuera el jefe meska, haría lo mismo. Base Sagitario puede caer si se la ataca frontalmente. Nuestras defensas ahí no son fuertes, porque aún no están terminadas. ¿Qué tal está la tropa?

—He estado repasando los informes de las diversas compañías. Su estado de ánimo no es elevado, pero aceptable. Desgraciadamente, no han despertado ochenta y tres soldados.

—Deficiencias en la aplicación de tranquilizantes. Tal vez añadida a la alteración psíquica de las víctimas. Pero esas bajas estaban previstas en las estadísticas.

Ulang miró a la mujer con irritación.

—Supongo que entre los muertos no está cierto soldado…

—Ignoro cómo está, pero no murió —replicó ella con altanería—. Oh, Jhon, ¿no puedes olvidar esas nimiedades?

—Tienes razón. Ahora debemos preocupamos por mañana. ¿Quieres

que te reclame en mi estado mayor?

—No. Estoy bien al mando de mi compañía.

—Un teniente no puede mandar una compañía...

—Pues asciéndeme a capitán —rió Bárbara.

—Podría hacerlo interinamente. En realidad, tampoco yo soy coronel efectivo.

—Lo siento, Jhon, pero quiero combatir al frente de mis soldados. Si no quieres nada más de mí... Bueno, estoy cansada.

Ulang asintió con la cabeza. Claro que quería más de ella, pero sabía que Bárbara se refería sólo a cuestiones militares.

Se quedó solo y sacó una botella de licor. Bebió un par de vasos y luego echó por la taza del retrete el resto. Quería evitar emborracharse aquella noche. Al amanecer partirían al frente.

* * *

Cuando los altavoces tronaron ordenando a las compañías formar, Mauro incluso se alegró de dejar las incómodas instalaciones donde habían sido alojados.

Se extrañó un poco de que la noche antes algunas camas no acogieran a apasionados amantes. Posiblemente habían ingerido algún producto que les hizo olvidar el sexo. Ahora sólo eran útiles para el combate.

Mauro se colocó rápidamente el equipo, aquel traje hecho a medida de su cuerpo.

Se aseguró de que los cierres eran herméticos y se incorporó a la larga fila de soldados que salían del alargado cuarto.

Escuchó el choque de otro casco pegarse al suyo, y la voz de Zalunt resonar metálicamente:

—Ha llegado la hora de la verdad, muchacho. ¿De veras recuerdas bien lo que se sabe de los meskas?

Mauro asintió.

Habían descubierto recientemente que juntando los cascos podían hablar, aunque no muy claramente. Se alegró de tener a Zalunt a su lado. Sabía luchar y parecía tener sangre fría. Nunca se alteraba y poseía conocimientos de supervivencia que no habían recibido en Base Aries, sino que los adquirió en su juventud en su planeta natal, en donde la vida no era nada fácil.

Pasó delante de varias figuras cubiertas con los trajes de combate. En sus pechos lucían las insignias de grado y nombre. Descubrió a Bárbara Hunting. Pasó por su lado y ella le hizo un gesto.

Se sintió contento. Había temido que la teniente fuese destinada a otra compañía que no fuera la suya. Aunque sabía que él estaría en el pelotón del sargento Isuke, siempre tendría cerca a Bárbara.

Por compañías fueron metidos en estrechas naves. Los soldados se sentaron en largos asientos. Mauro golpeó el suelo con su bota y comprendió que ellos saldrían del aparato por allí.

Notó las vibraciones al despegar y luego el sordo ruido interno le impidió intercambiar impresiones con Zalunt; pero en cambio pudo pensar en los meskas.

Tal como les había advertido el coronel Ulang, durante los días que permanecieron dormidos sus mentes asimilaron los escasos conocimientos que la Humanidad disponía de los seres de Mesk.

En los instantes que podía dedicar a pensar, Mauro se asombraba de lo poco que conocía aparte de la vida placentera en la Tierra y sus escasas incursiones a otros mundos, a los que iba en busca de emociones o impulsado por el afán de ver tierras eróticas y consideradas salvajes por él.

Se preguntó cuántas gentes en la Tierra conocían la existencia de los meskas.

En cambio, al parecer, en toda la Galaxia, las incursiones bélicas de estos misteriosos seres eran sabidas. Y también temidas.

Aunque les habían ordenado que no se movieran de sus asientos, Mauro pudo ver un poco el exterior alzándose y observando a través de una estrecha tronera.

Volaban sobre una tierra negra, desolada. Le habían dicho que

Sarkamat era un planeta parecido a la Tierra. Seguramente aquella zona había sido defoliada por el EEA en su retirada.

Retirada. Sí, los rumores en Base Sagitario, sobre todo las noticias que los veteranos habían comunicado a los recién llegados, afirmaban que las cosas no iban bien para el EEA. Se estaban replegando desde todos los puntos en dirección a la base.

Ahora debían querer llevar a cabo un contraataque, tal vez.

Cuando sonó el aviso, inmediatamente las compuertas del suelo se abrieron y Mauro apenas tuvo tiempo de conectar su unidad de vuelo.

CAPÍTULO VII

Councentro debió haber tenido anteriormente otro nombre más agradable, y seguramente fue un conjunto de valles hermosos.

Aquello lo pensó Mauro cuando observó las ruinas de una granja.

Entonces recordó que en Sarkamat habían vivido colonos, y aquella región estuvo poblada antes de la llegada de los meskas.

Hasta allí no había llegado el rodillo defoliador de los humanos, y aún podía hacerse uno una vaga idea de lo fértiles que resultaron los valles. Aún podían verse restos de labranza, pequeños diques y restos de carretera.

La tierra no estaba quemada como las zonas sobre las que sobrevolaron, pero su aspecto resultaba desolador.

Sosteniendo su rompedor, Mauro caminaba en la dirección ordenada.

Veía soldados por todas partes. Se preguntó hacia dónde iban.

Los oficiales volaban a pocos metros de altura, vigilantes.

Pero casi siempre descendían a ras del suelo. Sabían que elevados unos metros ofrecían unos blancos idóneos a los meskas. Pero, ¿dónde estaban los meskas?

Sobre sus cabezas, a unos dos mil o tres mil metros, patrullaban las unidades aéreas de combate. Hasta el momento, los meskas no habían dado ninguna muestra de presencia.

Les permitían comunicarse entre sí por medio de los aparatos de pequeño alcance.

Mauro sabía que la onda de los oficiales anulaba automáticamente cualquier diálogo entre ellos cuando quisieran.

—Eh, Zalunt. —dijo Mauro. Cuando el ser de Pegasus se volvió un poco, le preguntó—: ¿Ves algo anormal, algún meska?

—Desde aquí veo animales muertos. Parecen vacas. Están achicharradas. Más allá veo una granja. ¿Sabes que esto debió de ser un lugar muy bonito?

—Dicen que los merkas montan sus refugios bajo tierra, pero yo dudo de que estén en estos valles —masculló Mauro.

Se detuvo y miró cómo un grupo de soldados ascendían por un montículo. El sol estaba alto y debía calentar, pero ellos no lo notaban. Dentro del traje siempre había la misma temperatura.

Entonces el suelo donde estaba el grupo de soldados se abrió como si alguien lo golpeara desde dentro. Los soldados saltaron por el aire en pedazos. Hasta él llegó el ruido de la explosión.

Súbitamente, comenzó la batalla.

Del horizonte surgieron cortinas de fuego, que avanzaban hacia ellos velozmente.

Mauro se arrojó al suelo y sintió que una lengua ígnea pasaba cerca de donde estaba. No podía saberlo por el calor pero el resplandor fue intenso.

—¡Arriba todo el mundo y sigan avanzando! —escuchó la voz del sargento Isuke—. Delante está el primer refugio meska. Nosotros tendremos el privilegio de entrar antes que nadie. ¡Adelante!

Después de soltar una imprecación, Mauro se alzó.

Buscó a Zalunt y vio una figura que avanzaba y llevaba su número de serie. A unos dos o tres kilómetros al norte, los aparatos de cobertura aérea empezaron a arrojar cargas de muerte, al mismo tiempo que

desde la superficie les disparaban.

Mauro corrió entre un tropel de soldados, siempre siguiendo al sargento Isuke. Al descender por una loma, vio el pelotón del cabo Buerguer. Apretó con rabia su rompedor. Hacia Isuke sentía cierto respeto, pero a Buerguer lo odiaba intensamente.

Se deslizaron por una pared de aquel color amarillo apagado. No tenía más de dos metros de altura y se curvaba hacia delante unos metros más allá. El sargento desapareció por el recodo y le siguieron todos.

Vio destellos y los rugidos del rompedor disparar ininterrumpidamente. Cuando siguió avanzando vio que sus compañeros entraban por una abertura circular, oscura.

Fueron encendiendo sus luces infrarrojas. Delante de los ojos de Mauro cayó un cristal y pudo ver con nitidez. Se volvió ligeramente, justo para ver cómo una figura con su traje de combate penetraba en el túnel. Era Bárbara.

Se sintió empujado y se alejó de la entrada y de la mujer.

El interior del refugio era un laberinto de pasillos y estancias semicirculares.

Entonces vio al primer meska de su vida.

Por supuesto estaba muerto. Exactamente no pudo verlo bien. Tenía un traje de combate y su aspecto era extraño. Era como una pera de metal rojizo coronada con una esfera pequeña, toda de cristal teñido en azul. De la parte superior de la pera surgían dos pares de brazos y de la inferior dos miembros cortos y robustos.

Al pasar por el lado del cadáver, Mauro notó que el gran corpachón de metal tenía una larga herida de láser que casi lo había dividido en dos.

Al menos los meskas morían como cualquier ser viviente, pensó Mauro.

—¡Atrás! —la voz de Isuke apenas le permitió detenerse.

A unos metros de Mauro estalló una bola cárdena y a continuación la onda expansiva casi le tumbó de espaldas.

Algunos soldados habían caído delante de él y el humo comenzó a disiparse, aún entre los giran es de niebla espesa, aparecieron varios

meskas. Llevaban unas extrañas y largas armas sostenidas con sus dos pares de brazos.

Mauro, casi mecánicamente, alzó su rompedor y disparó, sin apenas apuntar. Sabía que no era preciso. La distancia era corta y el pasillo por el cual avanzaban los meskas, reducido.

Con alegría vio cómo las grotescas figuras eran arrojadas al fondo del pasillo, como golpeadas por un gigantesco puño. Varios metros más allá estallaron. Recargó el rompedor y se lo afianzó al hombro.

Por un pasillo lateral vio salir al sargento. Se extrañó.

Había creído que había muerto. Al parecer pudo escabullirse por una arteria lateral y ahora se reunía con su pelotón.

—Bravo, soldado. Lo has hecho muy bien. Ahora, sigamos.

Se les unió el pelotón del cabo Buerguer y siguieron avanzando.

A cada minuto que pasaba el refugio se llenaba de humo, de varios colores. Los filtros dejaron de funcionar y Mauro empezó a respirar de la reserva de oxígeno.

Los meskas aparecían cuando menos eran esperados y causaban bastantes víctimas con sus armas, que aunque de apariencia externa diferente, los resultados eran muy semejantes a las de los humanos. Es decir, mortales y terroríficas en luchas dentro de reducidos espacios.

Consiguieron llegar hasta las instalaciones antiaéreas y las anularon. Ahora las naves de cobertura podrían descender y los transportes de reserva del regimiento llevar allí el resto de las compañías.

Dentro del casco de Mauro cesaron los fragores de la batalla. Los últimos defensores parecían haber sido aniquilados. Sabía que los meskas no podían ser hechos prisioneros. Había que matarlos y así ahorrar tiempo.

Su pelotón fue conducido por el sargento a un nivel superior. Por el otro extremo del subterráneo habían penetrado dos compañías más y ahora se unían. Inspeccionaron las diversas dependencias y encontraron docenas de muertos humanos y Mauro contó más de un centenar de meskas.

Se detuvo delante de una puerta cerrada. Hizo una seña a Zalunt que le seguía. Usó su rompedor a mínima potencia y la derribó. De un

puntapié terminó de derribar la delgada hoja de acero.

Con el arma dispuesta entró. Su sorpresa fue enorme. Había temido encontrarse con un montón meskas. Por el contrario, varios humanos se dirigieron a ellos lentamente, como si temieran.

Al frente iba una mujer, que se plantó delante de Mauro y le miró ceñudamente. Mauro bajó su arma y dijo:

—Están a salvo. Hemos conquistado esta base.

Ella no le respondió. Los demás hombres y mujeres se arrimaron y Mauro se sintió confundido al no encontrar en aquellos humanos, colonos sin duda, el menor gesto de alegría.

Entonces la mujer trató de esbozar una sonrisa y dijo nerviosamente:

—Me llamo IIIía. No se confíe, soldado. Los meskas son difíciles de matar.

Mauro abrió la boca para responder y en aquel momento apareció el sargento Isuke, quien tampoco se esforzó en disimular el gran asombro que le había producido saber que los meskas tenían prisioneros humanos.

—Soldados —dijo mirando a Mauro y a Zalunt—, lleven a estas personas al exterior. Yo comunicaré inmediatamente esto al general Uruncher.

De soslayo, Mauro vio que la llamada Illía dirigió una mirada extraña al sargento. Zalunt se puso al frente y él siguió al grupo de prisioneros.

Por el camino se dio cuenta de que el sargento había dicho que él avisaría al general personalmente. ¿Por qué no a la teniente o incluso al coronel Ulang?

Pero Bárbara les vio apenas salieron a la superficie. También ella mostró su asombro y comentó:

—Los meskas nunca han guardado prisioneros.

Entonces Mauro le contó lo que le había dicho el sargento. Los humanos liberados no podían oírla y ella explicó a Mauro:

—Es cierto. Los mandos tenemos órdenes concretas de comunicar al general Uruncher si encontramos colonos —se encogió de hombros—.

Supongo que esa extraña orden también incluye a los prisioneros humanos de los meskas.

—¿Qué hay que hacer con ellos?

—Trasladarlos inmediatamente a Base Sagitario —dijo

Bárbara, mientras se acercaba a los prisioneros.

Illía había escuchado estas palabras y la miró desafiante:

—No queremos ir a Base Sagitario, teniente. Nuestros hogares están en estos valles.

—No diga tonterías, señora.

—Me llamo Illía y era la superintendente de esta zona.

Ustedes los militares no tienen autoridad sobre nosotros, los civiles.

—Es posible, pero tengo orden de llevarles a la retaguardia y eso es lo que haré aunque tenga que golpearles.

Acudió el cabo Buerguer, quien después de cuadrarse delante de la teniente le dijo que el sargento le enviaba allí para custodiar a los prisioneros a Base Sagitario.

—Entonces llame un transporte —le replicó Bárbara—.

Responderá con su vida que estos prisioneros liberados lleguen.

Uno de los hombres, repentinamente, saltó la vaguada y echó a correr. El cabo gritó una maldición y se elevó un par de metros. Alzó su rompedor y disparó una carga al mismo tiempo que Bárbara le gritaba que se detuviese y Mauro se alzaba y trataba de agarrarle por una bota.

Mientras caía, Mauro vio con horror cómo el fugitivo era cubierto por una bola de fuego y luego su cuerpo, ennegrecido, rodaba por la ladera.

—¡Es un ser humano, maldito! —aulló Mauro, cogiendo su rompedor con ambas manos por el cañón y lanzando un tremendo golpe contra el cabo.

Buerguer evitó caer de espaldas con una mano y con la otra empezó a desenfundar su láser. De un salto, Bárbara se interpuso entre ambos.

—Ese soldado debe morir, teniente —masculló el cabo—. ¡Me ha golpeado en pleno combate!

—Quieto cabo, o le pulverizo yo por insubordinación —silabeó Bárbara haciendo un gesto de tomar su arma—.

¿Por qué disparó contra ese infeliz?

El cabo recogió su rompedor y dirigió una mirada furibunda a Mauro.

Luego, a la teniente, dijo:

—Fue una reacción instintiva, teniente. Actué antes de pensar. Es lo que quieren que hagamos nosotros, ¿no?

Bárbara se mordió los labios. Replicó secamente:

—Llame a ese carguero y...

Entonces los meskas iniciaron su contraofensiva y aquello se convirtió en un verdadero infierno.

CAPÍTULO VIII

Casi una hora después de que los meskas lanzaran su feroz ataque contra las posiciones recientemente conquistadas por los humanos, Jhon Ulang consiguió establecer comunicación con Base Sagitario. Pero aún necesitó casi cinco minutos para que el general Uruncher apareciera en su pantalla.

Le explicó rápidamente la situación y terminó diciendo:

—Es urgente el envío de unidades aéreas para evacuar lo que queda del regimiento, señor. Por cierto, ¿dónde está la cobertura que hasta hace poco nos estuvo protegiendo? ¡Desapareció apenas comenzó el ataque meska!

—Coronel, las unidades aéreas fueron destruidas —masculló el general. Tenía mal aspecto y su uniforme no ofrecía una visión en consonancia con las ordenanzas—. Y el enemigo ha desbordado nuestras defensas laterales. Bastantes problemas tengo con impedir ser

cercados en esta condenada ratonera.

Ulang palideció. Hubiera sudado copiosamente si el sistema biológico de su traje de combate lo hubiese permitido.

Vio que el general resoplaba y sin querer mirarle a los ojos, añadía:

—Sólo puedo enviarle unos transportes de superficie.

—¿Los suficientes, general?

—Serán unos treinta...

—¡Con ésos no tengo ni para reembarcar a la mitad de los que aún combaten, señor!

—Le creo, coronel, pero no puedo hacer más —durante segundos, los ojos del general escudriñaron ansiosamente las reacciones de Ulang—. Dígame qué ha encontrado en Coucentro, en las defensas subterráneas de los meskas.

Jhon cerró los puños. No hubíera querido tocar aquel tema, pero su rabia era demasiado intensa y el sentido de la disciplina se estaba esfumando en su interior.

—Ha sido una estupidez enviamos aquí, señor —silabeó Jhon—. No merecía la pena que murieran tantos hombres por conquistar este miserable enclave. Y además, ahora nos están achicharrando.

—¿Qué encontró, coronel?

—Unos prisioneros humanos, señor. Tengo entendido que la teniente Hunting iba a enviarlos a Base Sagitario, pero el comienzo del ataque meska impidió que...

—¿No tiene ninguna posibilidad de sacarlos de ahí, coronel?

—Si dispusiera de algún medio de locomoción evacuaría a los centenares de heridos que tengo, señor.

—Entonces escuche atentamente, coronel. Cuando lleguen los transportes esos prisioneros deben ser los primeros en ser sacados de Coucentro.

Ulang consiguió dominarse y no romper la pantalla donde se mostraba el rostro del general.

—Tiene que darme una explicación convincente para que yo anteponga los prisioneros a mis hombres heridos, señor.

—Esta actitud suya tiene visos de insubordinación, coronel.

—Piense lo que le parezca. Espero sus explicaciones, general.

—Son órdenes del Mando Supremo. ¿Le es bastante?

—No. Es ilógico. Tengo entendido que al EEA no le ha importado nada la población humana de Sarkamat. ¿A qué viene ahora ese gesto humanitario?

—Espero que domine su mal genio y obedezca sin rechistar —el general estaba cada vez más nervioso, como avergonzado, también—. Recibí informes de que los meskas tenían prisioneros en Coucentro, lo comuniqué al Mando Supremo de forma rutinaria, y ellos me ordenaron que esos colonos debían ser rescatados... vivos o muertos. E inmediatamente trasladados a la Tierra.

—¡A la Tierra! —Ulang pensó que el general mentía. ¿Desde cuándo unos despreciados colonos eran invitados a ir a la Tierra?—. ¡Esto es absurdo, señor! ¿Quiere decir que todos los colonos de Sarkamat serán evacuados? Creo que aún quedan algunos miles vagando por los alrededores de Base Sagitario. ¡Y usted se niega incluso a ofrecerles cobijo dentro de las defensas!

—¡Coronel! No puedo perder más tiempo dialogando con usted. Ya le he dado las órdenes. Considérelas de alta prioridad. Voy a hacerle una confidencia para terminar esta enojosa charla. Sepa que he estado pidiendo a la Tierra durante los últimos meses refuerzos. He conseguido mantener mis posiciones con dificultad y sólo cuando mencioné al Mando Supremo que los meskas mantenían prisioneros unos colonos, me enviaron su regimiento. ¿Tengo que añadir que lo hicieron para que usted conquistara en un ataque por sorpresa Coucentro y rescatase vivos a los prisioneros o me confirmase que ya estaban muertos?

Ulang no supo qué contestar. Escuchó a medias las últimas palabras del general. En su mente retuvo algo que, luego, más calmado, interpretó como que los transportes de superficie partirían inmediatamente de Base Sagitario.

Luego la imagen se desvaneció.

El coronel se enderezó y caminó vacilante unos metros, hasta salir de

la improvisada sala de comunicaciones en los subterráneos recientemente conquistados a los meskas.

Fuera estaba Bárbara. Ulang le explicó escuetamente su conversación con el general.

—Esos transportes tardarán bastantes horas en llegar aquí —sonrió Bárbara— vagamente—. En el supuesto de que lleguen, claro.

—Llevo muchos años en este maldito cuerpo de guerra, Bárbara, pero cada vez entiendo menos esta situación —masculló Jhon. Mecánicamente, apretó el botón que le llevaba hasta los labios una dosis de agua. Se sintió mejor y añadió—: ¡Sacrificar un regimiento para rescatar a unos hombres y mujeres que nos miran con odio!

—Sé de una persona que vino aquí para intentar comprender esta estúpida guerra.

Ulang la miró fijamente.

—Seguro que se trata de ese amante tuyo, ese soldado díscolo. ¿No se llevó algunos días en Base Aries intentando hacerse pasar por loco para que lo licenciáramos? —añadió con sorna.

—No estaba loco. Decía la verdad cuando afirmaba que era un ciudadano terrestre. Pudo haberse marchado. Pero prefirió quedarse.

—Tú también estás desequilibrada, preciosa —rió Jhon entre dientes.

—Nada de eso. Yo iba a dar parte de su caso y él me lo impidió.

—Oh, muy sentimental. Tu joven amante quiso permanecer a tu lado.

—No he considerado esa cuestión. Me dijo que allá en la Tierra, entre las comodidades de su sociedad, nadie sabe nada de los meskas, del EEA ni de las condiciones con que los soldados son enrolados.

—Es muy difícil creer que allí sólo una élite, como el Mando Supremo, está al tanto de la verdad.

—Pues así es:

—Me gustaría hablar con él algún día, cuando tengamos un rato de calma. Claro que antes tendremos que salir vivos de esta encerrona.

—Cuando quieras. Morle Darben, que se llama verdaderamente Mauro Jaspe, está protegiendo a los prisioneros en el exterior.

—¿En el exterior? —repitió Jhon—. Será mejor entonces que los hagas entrar. Ya sabes el interés que el general siente por ellos.

—No creo que sea el general, sino el Mando Supremo. Y me pregunto por qué.

—No estamos en condiciones de hacemos preguntas ahora, Bárbara. Debemos pensar sólo en aguantar estas posiciones hasta que lleguen los transportes. ¿Qué tal marchan las cosas en el exterior?

—El ataque meska ha disminuido un poco. Creo que éste lo hemos provocado nosotros al apoderamos de Coucentro.

—¿Piensas que hemos enfurecido a los meskas por haber conquistado unas miserables instalaciones?

—Vamos, Jhon. Usa la cabeza. Tal vez ha sido porque han perdido sus prisioneros.

Ulang tomó sus armas que le llevaba su ayudante y dijo a Bárbara:

—Salgamos y busquemos a tu noble caballero terrestre. ¿Sabías que nunca había visto un ciudadano de la Tierra frenote a frente?

* * *

—¿Tú ordenaste que fueran inmediatamente trasladados a Base Sagitario? —preguntó Jhon mientras recorrían los pasillos llenos de escombros. Vio con rabia cómo varios heridos se amontonaban y nadie les cuidaba. El suelo estaba lleno de sangre y dos hombres tosían en un rincón, sin sus escafandras y respirando aquel aire espeso y asfixiante.

—Sí, eran las órdenes particulares que recibimos los oficiales de cada compañía.

—Maldita sea. ¿Por qué a mí no se me informó nada de eso? Ha tenido que ser el general en persona quien lo haya dicho hace unos minutos.

Ella mostró una sonrisa torva.

—Tal vez porque pensó que tú no bajarías a las instalaciones meskas y

que el descubrimiento de los prisioneros sería comunicado a un oficial, no a un jefe. Si en aquel momento hubiera dispuesto de un transporte, ahora estarían en camino.

—Creo que ha sido una suerte que ya no quedase uno solo en condiciones de viajar, querida.

—¿Por qué?

—El general se habría desentendido de nosotros. Me parece que envía esos transportes de mala gana. Si tenemos suerte podremos evacuar casi todo lo que queda del regimiento.

Estaban cerca de la salida cuando el centinela apostado en a puerta les gritó que retrocediesen. Saltaron hacia atrás y todavía no habían caído cuando una enorme bola de fuego eclosionó delante de ellos y la salida quedó cegada.

Jhon ayudó a la teniente a levantarse y cuando acudió en ayuda del soldado sólo vio unos trozos de armadura y masas sangrientas que salían del metal.

—Tenemos que buscar otra salida —rezongó.

* * *

IIlía se arrastró hacia Mauro.

—Si seguimos mucho tiempo aquí, van a asarnos, soldado.

—¿Insinúa que bajemos al refugio meska?

—Cualquier cosa antes de dejamos matar tontamente.

Mauro la miró con sorna.

—¿Incluso ir a Base Sagitario?

La mujer tenía el rostro sucio, pero Mauro pudo apreciar que era bonita. La vio acongojada y se arrepintió de su broma de mal gusto. Más allá estaban los otros colonos, agacha dos en un pequeño cráter ennegrecido por la explosión anterior.

—Lo siento —dijo Mauro—. No es el momento de bromas, ¿verdad?

Entonces ella le observó curiosamente.

—Usted es... No sé. Le veo distinto a los demás soldad del EEA que hasta ahora he conocido.

—¿De veras? Explíquese.

—No sabría hacerlo exactamente. Cuando aparecieron meskas en este mundo, pero a más de ocho mil kilómetros de estos valles, no nos ocasionaron muchos problemas. Per tuvimos que informar a las autoridades militares. Para nuestro asombro, aun antes de que lógicamente debían presentarse por mucha prisa que se dieran, apareció una división del EEA al mando del general Uruncher. Aunque ya teníamos noticias de que la actitud de los soldados del EEA no era muy tranquilizante, nos alegramos pensando que en cualquier momento los meskas podían iniciar el ataque contra nuestras granjas.

—¿No desembarcaron los meskas sobre estos valles?

—Le he dicho que no. Sólo con la aparición de los soldados del EEA y la construcción de Base Sagitario los meskas empezaron a mostrarse y avanzaron hacia estas latitudes.

—Habrían empezado de un momento a otro, ¿no?

—Es posible, pero nuestra convivencia con los soldados fue un desastre. Creímos que venían a protegemos y pronto nos dimos cuenta de que nos consideraban unos estorbos.

Mauro volvió la cabeza y vio a unos metros al cabo Buerguer, que no dejaba de mirarle con insistencia. Pensó que no debía perderle de vista.

—¿Cómo cayeron prisioneros?

—Esa es otra historia, soldado —replicó ella, con repentina acritud.

La vio alejarse de él, arrastrándose por el suelo hasta donde estaban sus demás compañeros. Mauro se recostó sobre la tierra pulverizada, tratando de acomodarse mejor. Aquel traje podía ser muy eficaz en el combate, pero si tenía que estar dentro de él más días podía enloquecer. Y las órdenes eran de conservarlo mientras durase el combate. Un soldado con un traje podía resistir, según los técnicos, hasta cien días. Disponía de alimentos y agua para ese tiempo, pero

Mauro se dijo que una mente normal enfermaría mucho antes.

Sobre su cabeza seguían cruzando los haces de fuerza y las finas líneas de los láseres enemigos. El ataque meska seguía persistente, aunque había disminuido de intensidad. Pero en cualquier momento podían darles el golpe de gracia.

Cuando volvió la mirada hacia los colonos, vio que el cabo se había unido a ellos y parecía hablarles. Todos le escuchaban en silencio, y de vez en cuando, Illía volvía la cabeza para verle a él.

Buerguer se apartó de los ex prisioneros y se apartó de ellos al parecer de malhumor. Mauro notó que le miraban y luego susurraban entre sí.

De súbito cesó el cruce de fuego en el cielo. Apareció el sargento Isuke y les gritó que se preparasen, Docenas de soldados aparecieron por todas partes, como si surgiesen de la tierra.

Mauro aferró su rompedor y después de asegurarse que estaba repleto de energía, subió a un promontorio. El humo le impedía ver más allá de quince o veinte metros.

Cuando aparecieron los meskas estaba alertado porque antes que ellos llegaron los haces de sus disparos.

Apoyó el pesado rompedor en el suelo y empezó a disparar. Mauro se sorprendió viendo que los meskas avanzaban apenas protegiéndose en las desigualdades del terreno, casi a pecho descubierto. Eran voluminosos y mostraban unos tentadores blancos. Sus armaduras absorbían poca energía y cedían pronto ante la lluvia láser que les llegaba. Pero los disparos de los rompedores causaban estragos entre sus filas.

Mauro introdujo otro cilindro de energía en su arma y entonces notó que una figura con armadura se alzaba detrás de él, y le apuntaba con un láser.

En una fracción de segundo, Mauro supo que se trataba de Buerguer. Aquel condenado no quería esperar más para matarle. Con el fragor del combate nadie sabría que él había sido matado por un compañero.

Mauro aún tenía su rompedor sin cargar y sabía que no tenía escapatoria. Maldijo a Buerguer, pero no por habérsele anticipado, sino porque le odiaba profundamente. Se llamó estúpido por no haber decidido hacer antes que Buerguer lo que éste estaba a punto de llevar a cabo.

Pero cuando creía que su existencia había terminado, observó que Buerguer era cubierto por una bola de fuego. Vio las manos del cabo agitarse un instante y luego salir de las llamas un cuerpo calcinado, cubierto por metal retorcido.

Aturdido aún, vio que el sargento Isuke desde su refugio situado a unos treinta metros, le gritaba por el comunicador:

—¡Siga defendiendo su puesto, soldado! —su voz sonó temblorosa, como si lo que había hecho le repugnase.

Y Mauro se preguntó si el veterano sargento se sentía mal por haber matado a uno de sus soldados o por el curso nefasto que adquiría el masivo ataque meska.

Los meskas parecieron avanzar por los flancos. Allí las defensas debían de estar derrumbándose o aún no habían acudido tropas humanas de refresco, procedentes de las líneas más rezagadas.

Tuvo un momento de respiro y se dejó caer por el terraplén. Abajo estaban los colonos. En sus rostros había miedo y rabia, impotencia.

Mauro jadeó. Tomó agua y algo de estimulantes. Orinó y notó que su cuerpo cobraba fuerzas. Aquello no era un buen presagio. Pese a su estado de ánimo dispuesto para la lucha, sabía que su salud estaba siendo minada, que las fuerzas que volvían a él eran extraídas químicamente de su cuerpo. Si pronto no se tomaba un descanso llegaría el instante en que se desplomaría, reventado.

Cerró los ojos. Pensó en la Tierra, en los años vividos en ella, sin preocupación. Veía las estrellas y pensaba que de allí llegaban los bienes para la privilegiada sociedad terrestre. Sí, claro que sabía que existían otras razas no humanas, pero todas ellas, según decían los noticieros de la trivisión, eran incultas y recibían con agrado la presencia de los enviados terrestres.

¡Qué mentiras! Durante toda su vida había vívido rodeado de mentiras. En la galaxia odiaban a la Tierra o la envidiaban. Allí había hombres y humanoides que morían por un mundo que nunca conocerían, forzados a convertirse en soldados y luchando contra una raza que plantaba cara al gran poder de la Tierra.

Los meskas. ¿Dónde estaba Mesk y qué pensaban aquellos seres de cuatro brazos y abultado cuerpo mientras luchaban contra a aquellos bípedos violentos? ¿Qué había sucedido para que no quisieran pactar con los humanos? ¿Acaso los meskas eran de naturaleza violenta y

sólo pensaban en un acercamiento a una raza distinta mediante el uso de las armas y la violencia?

Tenía gracia porque desde hacía algún tiempo, Mauro creyó que la violencia era un patrimonio que los humanos habían hecho germinar en la galaxia. Ahora los humanos parecían estar encontrando la horma de su zapato y no les iban muy bien las cosas. No al menos en Sarkamat, aquel lejano mundo en Tau-Ceti, abierto a la colonización cinco años antes.

Lanzó un grito cuando vio que los colonos echaban a correr hacia las líneas meskas, saltando por los taludes y deslizándose por los terraplenes. ¿Qué estaban haciendo aquellos locos?

Los colonos parecían aprovechar aquel instante de respiro para huir. ¡Pero lo estaban haciendo en dirección equivocada, hacia el enemigo!

A pocos metros de él, Illía corría a grandes saltos.

En aquel momento se reanudó el fuego meska y algunos colonos se hallaron en pleno campo de tiro. Mauro activó su sistema de vuelo y cayó sobre Illía en el preciso momento en que un reguero de luces láseres corrían hirvientes sobre la calcinada tierra.

Rodaron juntos unos metros y él se colocó delante de Illía.

Llegaron las descargas láseres y la protegió. Sintió en su traje de combate la vibración de la mortal energía. Apretó los labios, temiendo que en cualquier instante el metal de su coraza saltase en millones de minúsculos fragmentos.

Pero resistió y cuando el huracán de muerte siguió su camino, tomó a Illia de los brazos y la arrojó al cráter. Luego corrió hacia ella, le levantó la barbilla y furioso la recriminó:

—¿Por qué lo hace? ¿Es que no vio que se dirigían hacia el enemigo? Iban directamente hacia los meskas.

La respuesta de ella le hizo quedarse anonadado.

—¿Por qué supone que ésa no era nuestra dirección?

CAPÍTULO IX

—Ha querido decirme que pretendía volver con esos monstruos, ¿no es así?

Ella seguía mirándole, iracunda, con el rostro lleno de barro y todo su traje sucio, lleno de arañazos sus brazos.

—¿Tan difícil le resulta a un orgulloso ciudadano terrestre admitirlo?

—¿Cómo sabe que soy terrestre?

—Ese cabo que mató el sargento cuando iba a asesinarle por la espalda nos estuvo contando que usted es un loco, que en el campamento del EEA en Orión exclamaba a los cuatro vientos que no podían hacerle soldado porque era de la Tierra.

Mauro asintió.

—Y usted le creyó, ¿no?

—Sí. Ya le dije que me parecía raro para ser un asesino del EEA. Aunque el cabo nos lo contó queriéndose mofar de usted, yo comprendí que eso explicaba su raro comportamiento.

—Parece usted muy intuitiva. ¿Por qué estuvo tan segura de que el cabo decía la verdad?

—Porque una vez estuve en la Tierra y conozco bien a sus sucios habitantes, el brillo de sus satisfechos ojos, que usted aún no ha perdido pese a haberse convertido en lo que es ahora.

Mauro dirigió una mirada a su alrededor.

—Lo siento, pero me temo que sus compañeros han muerto todos.

—Es posible que alguno haya conseguido llegar hasta donde están los meskas.

—Pero, ¿por qué? ¿Es que esos monstruos se han apoderado de sus mentes y son ahora zombies?

—Sigo siendo humana, soldado —escupió Illia—. Totalmente humana. Todavía no sé si está usted aquí porque la guerra es un juego de moda entre los aburridos jóvenes de la Tierra o... ¡Qué sé yo! Pero espero que me comprenda un poco.

Mauro movió negativamente la cabeza.

—Me temo que cada vez lo entiendo menos. Y pienso que debemos retiramos.

Ella no hizo la menor intención de moverse y abruptamente Mauro la agarró por un brazo y prácticamente la arrastró pese a su resistencia.

Vio a otros soldados que se retiraban. Escuchaba dentro de su casco las voces de los mandos, pero le llegaban confusas y no podía entenderlas. Tal vez se le había averiado el comunicador.

Los soldados pasaban cerca de ellos, retirándose. Algunos iban heridos y no recibían la menor ayuda de los ilesos. Vio derrumbarse a un arturiano cuando la armadura perdió rigidez. Entonces observó que tenía ambas piernas cercenadas a la altura de las rodillas. Se le acercó un oficial, movió la cabeza y calmosamente le disparó con el láser en la cabeza.

Escuchó a Illía gritar, maldecir al oficial. Pero éste se alejó sin haberla escuchado.

—Colabore y sígame sin resistencia —masculló Mauro.

—¿Por qué no me deja?

—Porque usted tiene que contarme muchas cosas y además recibí órdenes de cuidarles. Al menos conseguiré salvar a uno de ese grupo de locos colonos.

Retrocedían sobre el punto Coucentro. Cerca estaban los muros amarillos y hacia allí se dirigían los maltrechos restos de la compañía de la teniente Hunting. Se preguntó dónde estaría ahora Bárbara.

No encontraron ninguna entrada que les permitiera entrar en el refugio conquistado a los meskas. Se concentraron algunos soldados y el sargento Isuke acudió a ellos. Mauro le hizo gestos que no entendía y entonces el sargento, acercándose a él, le dijo:

—Búsquese el casco de algún muerto y póngaselo. Ahora debemos esperar órdenes aquí. Hemos perdido contacto con el mando del regimiento.

Cuando se alejó Isuke, Mauro dijo a Illía:

— Ya lo ha oído: esperaremos aquí. Si intenta escapar, le romperé una

pierna.

El fuego enemigo había cesado y con la caída de la noche llegó la calma. Mauro encontró un casco intacto y después de comprobar que también funcionaba el comunicador, se lo cambió por el suyo. Sacó de las reservas alimenticias de otro soldado caído unas tabletas y dosis de agua y se lo entregó todo a Illía.

La mujer, pese a su sordidez, se lo agradeció con un gesto.

* * *

Cuando lograron hallar otra salida, la batalla pareció haber tomado un receso. A Ulang se le acercaron oficiales pidiendo instrucciones y él dispuso una sala para celebrar una conferencia. Cuando Bárbara quiso salir para reunirse con su compañía o lo que quedase de ella, Jhon le pidió que esperase unos instantes.

—Hay que hacer un balance de la situación —añadió.

—Tengo que ver cómo están mis soldados. Y también, por si te interesa, saber si queda algún colono con vida. El general pedirá tu cabeza si no llegan con vida a la base.

—Son nuestra garantía de que enviarán por nosotros y no nos dejarán morir en estos malditos valles —Ulang resopló y dijo—: Está bien. Puedes irte, pero tenme informado. Bárbara, espero que tu héroe aún viva.

Y lo dijo sintiéndolo de veras. Jhon veía ahora las cosas de distinta forma. Además, tenía grandes deseos de conocerle, hablar con él. Sinceramente, esperaba que un meska no le hubiese partido por la mitad.

Recorrer aquellos parajes devastados por los combates no fue fácil para Bárbara., Por el comunicador prioritario consiguió establecer contacto con el sargento cuando ya amanecía, después de todo un día de lucha y una noche incierta.

Cuando se acercaba a la posición donde se encontraban los restos de su compañía, Bárbara escuchó la voz de Jhon que le decía:

—Preciosa, esto está peor de lo que parecía. Apenas nos quedan un tercio de los efectivos. ¿Qué tal están tus valientes guerreros?

—Estoy aproximándome, Jhon. Esto está demasiado tranquilo y no me gusta. Es como si fuera el presagio de una lucha.

—Pienso igual. Ah, acabo de hablar con el general. Le he dicho que casi todos los prisioneros están bien y él me ha respondido que los transportes llegarán de un momento a otro. Tal vez no tarden ni diez minutos. Ese viejo está asustado, querida. Dice que los meskas están atacando Base Sagitario desde todos los puntos y que las defensas laterales están cayendo como castillos de naipes. Si no nos damos prisa en volver, vamos a encontrarnos con Base Sagitario en poder del enemigo.

Bárbara apretó los labios. Estaba entrando en las posiciones de su defenestrada compañía y se hallaba horrorizada ante lo que veía. El sargento Isuke se acercó y le dio la novedad, empezando a relatar el número de muertos, heridos y desaparecidos. Más allá vio a una mujer. Su corazón palpitó más deprisa cuando también descubrió a Mauro.

Mientras oía la voz monótona del sargento, respondió a Ulang:

—Pues lamento decirte que sólo disponemos de una mujer. Los demás, según me comunica Isuke, han muerto o escapado.

—Me es igual. Lo que quiero es que lleguen pronto los transportes —replicó Ulang—. Con suerte llegaremos a Base Sagitario en unas horas. Si es que los meskas no han cortado para entonces la retirada. ¡Bárbara! Me dice el capitán Cloung que los centinelas han divisado una columna de transportes. Son unos veinte nada más. Ese hijo de perra del general sólo envía para evacuar dos tercios de los supervivientes. Ordena un repliegue general hacia este punto, inmediatamente.

Estática, la teniente dejó que el sargento escuchase las últimas palabras del coronel. Con un gesto hizo que el suboficial se retirase a disponerlo todo para la evacuación.

Luego miró hacia arriba. El cielo estaba cubierto de nubes bajas y espesas. Aquello podía ser bueno porque el enemigo tal vez no quisiese desencadenar el definitivo ataque en tales condiciones, pero también dificultaría a ellos la huida. Los meskas podrían estar a dos palmos y no verlos hasta tener los encima.

Descendió por la ladera salpicada de cascotes y muertos.

Vio un meska despanzurrado. Tenía abierta su coraza pectoral y una carne rosada y suave se mostró a Bárbara. Ya conocía también cómo era su cara, algo comparativamente pequeño en relación con el cuerpo apenas unos agujeros para la nariz, una raja delgada en el lugar de la boca y unos ojos diminutos y sangrientos. Su aspecto resultaba terrorífico con las armaduras de combate, pero al desnudo eran como unos raros bichos con cortas piernas y dos pares de brazos.

Pensó que debían de haber sido unos estupendos artesanos con aquellas manos múltiples de seis dedos cada una. Unas manos que ahora les servían para empuñar armas y hacer la guerra.

Mauro la había visto y se dirigió hacia ella. Bárbara le hubiera abrazado, aunque entre sus cuerpos se interpusiesen las odiosas corazas de guerra. Aspiró aire puro de su reserva de oxígeno y evitó el llanto. Miró con fijeza los ojos de Mauro. Sus guanteletes se rozaron.

—Tengo que contarte muchas cosas —se volvió para señalar a la mujer—. Sólo he podido conservarla a ella, a Illía. Los demás escaparon.

—Lo harás por el camino. Nos vamos. Están llegando los transportes.

Jhon Ulang se resistió a subir al transporte que le había sido reservado hasta que los demás no emprendieron el camino. Hacía escasamente una hora que se retiraron de los alrededores de la base subterránea de punto Coucentro, que de nuevo había sido hostigada por los meskas.

Si Ulang había temido que los transportes no eran suficientes para evacuar a su ya menguado regimiento, el inesperado ataque meska había solucionado el problema al causar enormes bajas entre sus tropas.

Desde el interior del vehículo, la teniente Hunting le apremió a entrar. Miró al sargento Isuke, que le esperaba con un pie en la cabina. Jhon resopló y penetró en la cabina. Entonces Isuke indicó al conductor que avanzase.

Quedaban diecinueve vehículos que se deslizaron a medio metro del suelo. A veces tocaba el fondo el calcinado terreno. Alrededor de la caravana seguía cayendo la lluvia de fuego, cada vez más intensa.

Jhon recorrió la cerrada cabina. A ambos lados estaban los soldados, derrengados. Había algunos heridos, los más leves. Los graves habían

quedado atrás en la retirada.

Vio a Bárbara arrodillada junto a un soldado que prestaba cuidados a otro. Reconoció al llamado Mauro, que intentaba contener la hemorragia, escandalosa, del brazo del herido.

—Es inútil, soldado —dijo Ulang fríamente—. Su compañero ha perdido demasiada sangre y morirá sin remedio antes de que lleguemos a Base Sagitario. .

Mauro no le escuchó. Seguía, con los dientes apretados, intentando atajar el caudal de sangre. El herido ladeó la cabeza y entonces se incorporó. Explicó a Bárbara, sin mirarla, sólo teniendo ojos para el muerto:

—Era mi amigo. Zalunt de Pegasus fue traído hasta aquí para morir por una causa que no le importaba.

Jhon se estremeció. ¿Cómo era posible que un vulgar soldado se expresase así? Recordó que, según Bárbara, era un culto terrestre. Le dolía la cabeza y se desembarazó del casco. Algunos otros soldados también lo habían hecho, contraviniendo las ordenanzas. Pero Jhon se sintió incapaz de servir de ejemplo y lo dejó estar todo. Parecía ya que nada era importante para él.

Mauro pidió ayuda a un compañero para arrojar el cadáver del transporte. Luego cerró la puerta y regresó cabizbajo junto a Bárbara.

Jhon seguía en el mismo sitio, cerca de la entrada trasera de la cabina, sin moverse ni saber qué decir.

Le sustrajo de sus pensamientos la voz de Isuke, que gritó entreabriendo la pequeña compuerta de la cabina:

—La columna se dispersa, señor. He visto algunas unidades destruidas. El conductor quiere saber si usted le da permiso para desviarse de la ruta trazada e intentar romper el cerco de fuego por otra dirección.

Jhon se limitó a asentir. Bárbara se le puso delante.

—Bien, ¿qué pasará cuando estemos en Base Sagitario, Jhon?

Él la miró alarmado. Enfadado, inquirió:

—¿Cómo puedo saberlo yo? Desde hace tiempo desconozco la situación existente allí.

—Sé que quedan algunas naves, ¿no? —apenas asintió Jhon, la mujer añadió—: Lo lógico seria evacuar el planeta si el Mando Supremo no está dispuesto a enviar refuerzos que garanticen la permanencia del mando terrestre aquí. En caso contrario, Sarkamat estará perdido.

De detrás de varios soldados tumbados, una figura surgió desafiante. Era Illía, que dijo dirigiéndose principalmente al coronel:

—El cometido de la carne de cañón que la Tierra decidió enviar a Sarkamat ha terminado, coronel. Oh, no se inquiete, que en Base Sagitario aún dispondrá el general Uruncher de medios para escapar. Y le apuesto lo que quiera a que yo seré huésped de privilegio del único medio que aún quede.

Jhon estaba en el borde de la desesperación y alzó su enguantada mano sobre el rostro de la mujer. Entonces sintió que su brazo era retenido. Se giró aún más furioso ante tal intromisión y se enfrentó con el rostro decidido de Mauro, quien silabeante le dijo:

—Ahora la escuchará, coronel. Tiene que oír a Illía. Ella le dirá a usted lo mismo que nos ha contado a Bárbara y a mí.

Ulang soltó una risa nerviosa. Encontraba ridícula aquella situación y por un segundo pensó que disparando contra el indisciplinado soldado podría solucionar, al menos, el irritante momento. Sintió sobre sí las miradas cansadas de los soldados.

Bárbara intervino y con su actitud parecía que estaba del lado de Mauro, lo cual no le sorprendió lo más mínimo.

—Podremos charlar tranquilamente, Jhon. El conductor de este vehículo sabe lo que hace y no nos alcanzarán las baterías meskas que, en estos momentos, están muy ocupadas aniquilando los otros transportes que están atrayendo su fuego.

—¿Quieres hacerme creer que el general intenta a toda costa que yo pueda regresar con vida a la base?

—Tú le importas bien poco. El general quiere a Illía.

—¿A esa mujer? No puedo creeros...

—Tendrás que hacerlo. Escucha a Illía.

Jhon se volvió para mirar a la mujer, casi asustado.

CAPÍTULO X

La imagen reflejada en la pantalla no llegaba con nitidez, pero Uruncher podía comprender que era el general Rulanger, desde Orión Y, trataba de ocultar su nerviosismo.

—A un millón de kilómetros de Sarkamat les esperará el crucero «Antares», general Uruncher.

—¡El «Antares»! —repitió Uruncher, secándose el sudor de la frente con el dorso de la mano. Aquélla era la unidad más potente de la flota, algo casi invencible.

—Sí, eso he dicho. Confío en que con la nave ultrarrápida de que dispone pueda alcanzarlo cuanto antes. ¿Sabe la localización del transporte que conduce a Base Sagitario a los prisioneros humanos de los meskas?

Rulanger tuvo que repetir la pregunta para que Uruncher comprendiera su significado.

—Sólo queda un colono, general —dijo susurrante Uruncher—. Es una mujer. Creo que se llama Illía y era una de las cabecillas.

—Magnífico —asintió el general desde Orión V—. Será suficiente. Espero verle pronto, Uruncher…

—¡Un momento! —gritó Uruncher—. Usted ha dicho que es el «Antares» la nave de guerra que nos espera para conducimos a Orión Y. ¿Cómo es posible que disponiendo de esa unidad que transporta cien mil soldados y docenas de naves de combate no acudan en nuestra ayuda para impedir que los meskas se apoderen de Sarkamat?

—No puedo responderle a eso porque yo me limito a cumplir órdenes directas de la Tierra, del Mando Supremo —replicó Rulanger irritado.

—¡Pero en Sarkamat quedarán cientos o miles de soldados que caerán prisioneros de los meskas! También sobreviven colonos y…

—No insista, general. No estoy capacitado para discutir con usted esos pormenores.

—¿Llama pormenores a la vida de esos soldados?

—Bah. Son miembros del EEA. No es difícil formar nuevas divisiones. Material nos sobra y puedo asegurárselo porque mi cometido es preparar nuevos soldados. Podemos fabricarlos incluso más rápidamente de lo que nos los matan.

Uruncher vio perplejo cómo su interlocutor cortaba la comunicación. Solo, en su despacho, el general se sintió cansado.

Allí, en el centro de la subterránea Base Sagitario, podía seguir desde los monitores de televisión veinte aspectos de la batalla que se acercaba al último enclave de los humanos en Sarkamat.

* * *

El sargento Isuke arrojó al conductor de su asiento y tomó los mandos cuando los visores indicaron que se aproximaban a Base Sagitario. Del suelo lo recogió Mauro, sacándolo de la cabina. El asustado conductor sintió el frío cañón de un láser apretar le la nuca.

—Dinos qué instrucciones especiales habías recibido —le preguntó Bárbara acariciando el gatillo del arma.

—No sé lo que dicen...

—No seas estúpido. Tú no eres un simple conductor, sino un oficial —dijo Bárbara—. Te recuerdo haber visto cuando llegamos a Base Sagitario. ¿Capitán?

El hombre asintió, con los ojos desorbitados.

—Está bien. Sabíamos que la columna no podría escapar del cerco meska sobre Coucentro, pero había otro camino que se podría utilizar para el regreso siempre que el enemigo concentrase su fuego sobre los demás transportes que nos precederían. Todo estaba calculado.

Mauro aflojó la presión que estaba ejerciendo sobre el oficial-conductor. Miró de soslayo al coronel, que muy pálido había escuchado la confesión.

—Supongo que esto era lo último que necesitaba para convencerse, señor —dijo, tirando al conductor al fondo del vehículo, donde los

soldados que habían estado escuchándolo todo, sacaron sus puñales y en pocos segundos dieron buena cuenta del oficial.

Entonces Ulang, mirándolos, notando el movimiento de sus hojas de acero tintas en sangre, les dijo:

—Voy a pedir les un último esfuerzo. Yo quiero vengar la muerte de sus compañeros. Si están dispuestos a creer en mí, por una vez, les daré alguna satisfacción. Si no es así... Aún tienen las armas y les comprenderé si me creen culpable de esta carnicería.

Los derrengados soldados se miraron unos segundos entre sí y luego, lentamente, fueron guardando sus cuchillos. Tomaron sus armas y empezaron a revisarlas.

* * *

El transporte fue introducido por una compuerta de doble hoja de acero y después de recorrer durante unos minutos unos túneles apenas alumbrados y derruidos en algunos tramos, llegó a una circular sala, en cuyo centro se alzaba una nave de aguda proa, apoyada sobre sus toberas y alerones en forma de triple delta.

Un comandante y dos soldados acudieron al encuentro del transporte. Ayudaron a bajar a la teniente, que de un manotazo se zafó de la ayuda. El comandante fue a protestar, pero calló al ver descender al coronel seguido de Illía.

—Señor —dijo el comandante mostrando su impaciencia sin disimulo alguno—, suban rápidamente a la nave. El general les espera a bordo.

—Está bien —asintió Ulang. Hizo una señal al sargento para que formase a los soldados—. Iremos detrás de la tropa.

El comandante torció el gesto.

—Envíe a sus hombres a las defensas exteriores, coronel.

—¿Por qué? Si huimos de Sarkamat, ellos vendrán con nosotros.

—¡No puede ser! El general...

Pero el comandante no pudo terminar de hablar. Estaba rodeado de

soldados y pronto los cuchillos se hundieron en su uniforme. Los dos ayudantes que le acompañaban apenas se dieron cuenta de que las frías hojas cortaban sus respectivas yugulares.

—Arriba —dijq Ulang mirando la alzada nave brillante—. No deben de haberse dado cuenta de nada. Al menos, lo espero.

Apenas estuvieron todos dentro, la circular compuerta se cerró. El sobrecargo les recibió y al inquirir por el comandante, Ulang le replicó que ya estaba dentro, en su puesto.

—Llévame ante el general, sobrecargo —le ordenó, sin permitirle salir de su ofuscación.

Los soldados fueron conducidos por el sargento Isuke al nivel inmediatamente inferior al puente de mandos, mientras Ulang, Bárbara, Mauro e Illía se presentaban ante el general Uruncher.

El general se dirigió con el ceño fruncido a Ulang:

—¿Por qué han subido esos soldados, coronel? Me lo ha comunicado el sobrecargo y el comandante Otiell tenía órdenes precisas de enviarlos a...

—Sé dónde tenían que ir, general, pero yo decidí que esos desgraciados, los únicos que sobreviven a mi regimiento, me acompañen. ¿Tiene algún inconveniente en que huyan con nosotros?

Varios navegantes estaban ocupados de los mandos y no les prestaban atención. En aquel momento la nave se elevó y la modernidad de su disposición no les obligó a adoptar ninguna postura para contrarrestar los efectos de la aceleración.

—¿Huir? Es una retirada estratégica, coronel. Su actitud será debidamente revisada en su momento. .

—¿Dónde, señor? ¿En Orión V? ¿Allí recibiré una reprimenda y luego me ordenarán que prepare más soldados para ser enviados al matadero?

—Deponga su actitud insolente, coronel. Responderá de sus palabras ante el general Rulanger. Cuando lleguemos a la unidad de combate «Antares», será confinado en una celda y...

—Nosotros no iremos a la «Antares», Uruncher.

El general paseó su mirada, deteniéndose especialmente en Illía.

—Podremos hablar tranquilamente cuando esta mujer se marche de aquí. Dispondré que sea encerrada en un camarote.

—Se quedará con nosotros —dijo Jhon—. Y usted ordenará que pasemos delante del «Antares» y sus navegantes pondrán rumbo a la Tierra.

—¿Está loco, coronel? Creo que el médico de a bordo debe verle cuanto antes. La lucha le ha afectado el cerebro.

—Estoy de acuerdo. Me ha afectado, pero de forma distinta. Ahora me escuchará a mí, general.

—Respecto a esa mujer… Sólo tengo que conducirla a Orión V y entregarla a unos enviados especiales llegados de la Tierra que se harán cargo de ella.

Illía se plantó delante del general.

—Cállese, cerdo —le gritó—. Durante varios días he sido prisionera, junto con mis compañeros, de los meskas. Usted lo comunicó al Mando Supremo y éste decidió que a toda costa nosotros debíamos ser rescatados o eliminados. Somos un estorbo, ¿no? Creo que sólo quedo yo con vida, pero si puedo diré a la galaxia toda la verdad, la gritaré allí donde más le duela al Mando Supremo: en la Tierra.

—No conseguirán llegar a la Tierra.

—Sabemos que este tipo de naves puede llegar hasta la Tierra. Si el Mando Supremo envió al «Antares» es porque quiere estar seguro de que Illía puede ser interrogada para conocer hasta qué punto todo el diabólico plan es puesto al descubierto —dijo Mauro.

—Si, escúcheme, general. Creo que usted tampoco conoce el secreto —dijo Illía—. Se ha dicho que los meskas no conservan prisioneros terrestres y eso pensamos nosotros cuando fuimos capturados por los invasores de Sarkamat. Pero ante nuestra sorpresa vimos que nos trataron bien y nos dejaron en estancias cómodas allí en Coucentro, como ustedes llamaron al valle donde tenían una de sus bases.

»¿Sabe por qué los meskas nos soportaron y nosotros también les toleramos? Porque nuestro odio hacia los soldados del EEA era muy superior al que sentíamos hacia los meskas. Esos seres no son telépatas pero perciben el estado de ánimo de sus oponentes. Debieron de

asombrarse mucho ante nuestra actitud. Cuando después de varios días conseguimos comunicamos con ellos, nos preguntaron por qué aborrecíamos a los soldados humanos. Se lo dijimos sin ambages y entonces nos hicieron sorprendentes revelaciones.

.»Los meskas proceden de un lugar lejano de la galaxia, pero no desconocido para el Mando Supremo. Hace muchos años una expedición llegó allí causó cierta mortandad, una matanza inútil que levantó el recelo de los meskas hacia todo lo que fuera humano.

»Cuando la expedición regresó a la Tierra informó de la existencia de la raza meska, una raza civilizada. Mesk era pacífico, pero disponía de armas. No tenían ambiciones bélicas, pero los miembros del Mando Supremo se encargaron de soliviantar a los meskas. Con medios artificiosos les hicieron creer que si no se defendían pronto, su mundo sería invadido por los humanos y toda su civilización arrasada.

»Eso ocurrió hace más de cien años. Desde entonces los meskas realizaron incursiones a los mundos próximos al suyo. A partir de entonces el Mando Supremo respiró tranquilo. Tenía la guerra constante que precisaban.

El general agito la cabeza.

—Lo que dice esta mujer es absurdo, increíble.

—Siga escuchando —le conminó Mauro.

—Durante siglos las naves de exploración de la Tierra no encontraron una sola civilización verdaderamente hostil y fuerte. Ninguna de esas subrazas podía ser presentada ante la opinión de la galaxia como una amenaza para los mundos colonizados. Cuando descubrieron a los meskas se frotaron las manos.

CAPÍTULO XI

El general seguía escuchando a Illía sin poder apartar de ella su mirada cada vez más asombrada.

—Sí, general. El Mando Supremo quería una guerra para seguir

manteniendo un poderoso ejército. Para poder seguir reclutando seres en cien mundos y formar el más cruel ejército de choque: el EEA. Pero mientras en la Tierra se ocultaba la verdad, a los planetas controlados se les mantenía con una especie de espada de Damocles. Era como si les estuvieran diciendo constantemente: existe un peligro llamado Mesk, que debemos neutralizar y podremos hacerlo siempre que seáis fieles a nosotros, al Mando Supremo.

»Los meskas nos confesaron que ellos no peleaban porque las guerras fuesen sus distracciones, sino porque querían alejar las luchas de su mundo. También nos dijeron que los terrestres perdieron naves que copiaron, y que llevaban armas que imitaron. ¡Pero eso creen ellos, cuando la verdad es que el Mando Supremo simuló la pérdida de esas naves para dotar a los meskas de medios ofensivos!

—¡Eso no puede ser! —gimió el general.

—Claro que lo es, general —dijo Jhon Ulang—. ¿Es que no se ha preguntado alguna vez cómo es posible que el Mando Supremo conduzca tan desafortunadamente esta larga y estúpida guerra? ¿No se ha dado cuenta de que sólo cuando los meskas atacan mundos de poca importancia pueden obtener una victoria, pero que siempre son derrotados cuando se acercan peligrosamente a los sistemas planetarios de donde consiguen las materias primas para el bienestar de la Tierra?

—El Mando Supremo se debió de asustar cuando usted le dijo, rutinariamente, que algunos colonos habían caído en poder de los meskas y tenía constancia de que llevaban vivos varios días. Eso alertó a los líderes de la trama. Pensaron que si habían sobrevivido al primer día de confinamiento, no terminarían pereciendo de horror al saberse en poder de los horribles meskas, que la propaganda gubernamental había colocado en una imagen de caníbales.

»Le pidieron a toda costa que rescatara a esos prisioneros, y, si era factible, algunos fuesen conducidos ante ellos para interrogarlos. El Mando Supremo quería saber hasta qué punto la inteligencia de los meskas estaba preguntándose también por qué esta guerra es tan absurda.

»¿Nos cree ahora, general?

—Sólo tengo sus palabras y mi deber me obliga a conducirles a la «Antares». Si dicen la verdad, tendrán que demostrarlo ante nuestros superiores.

—No sea iluso, general. Seríamos conducidos ante mariscales que están al tanto del secreto y confabulados con el Mando Supremo. No duraríamos ni media hora —rió Mauro.

—¿Qué plan tienen?

—Ir a la Tierra. Allí tendrán que escuchamos. Y cuando el Mando Supremo quiera reaccionar, será tarde.

—No les dejarán entrar en la Tierra. Ningún hombre o mujer que no pertenezca a ese planeta puede entrar y…

—Yo soy terrestre, y tendrán que permitir el descenso de la nave donde yo viaje —sonrió Mauro—. No se inquiete por nosotros, general. Todo lo tenemos previsto.

—Está bien. Supongamos que le creen. ¿Qué pasará entonces?

Mauro se encogió de hombros.

—Eso me importa poco, siempre que esta guerra termine y nosotros demos seguridades a los meskas de que ellos pueden vivir tranquilos en su mundo.

—El Mando Supremo puede ser derribado y el caos puede adueñarse de la galaxia…

—No será peor que la horrible situación que convierte a miles de hombres en máquinas de matar —exclamó Illía.

El general se apartó de ellos, retrocediendo.

—No puedo desobedecer órdenes. ¡No puedo!

—Nos dirigimos al espacio exterior de Sarkamat, general —dijo Jhon pacientemente—. Aún estamos a tiempo de eludir al «Antares» y viajar directamente a la Tierra. ¿Es que no ha visto bastante? ¿No se le ha revuelto el estómago después de lo sucedido allá abajo? Miles de soldados han muerto matando meskas, seres que la oligarquía tiránica nos ha mostrado como monstruos sedientos de sangre. Han inmolado todo un cuerpo de ejército. ¿Para qué? ¡Sólo para seguir manteniendo la farsa! Tal vez dentro de unos días regrese el «Antares» u otra nave similar y aniquile el planeta entero. Entonces se dirá a la galaxia, pero no a la Tierra, que nuestros muertos han sido vengados, que debemos seguir trabajando para mantenemos fuertes ante el peligro meska.

—General, ¿qué ha sido de Base Sagitario? —intervino Bárbara—. Aún quedaban hombres vivos, luchando. Y usted los abandonó.

—Tengo órdenes...

Illía avanzó un paso hacia el general y Jhon la contuvo.

—¿Es su última palabra, general? —inquirió pausadamente.

Por toda respuesta, Uruncher se volvió y empezó a gritar a los navegantes que sonasen la alarma.

Jhon disparó dos veces contra el general, Bárbara apuntó a los navegantes y les conminó a que se mantuviesen en sus puestos.

—Ahora deseamos que esta nave vaya a la Tierra. ¡Directamente!

Un oficial hizo sonar la alarma y la mujer le disparó.

Calmosamente, anunció a los demás compañeros del muerto:

—No acudirá nadie en su ayuda, señores. Tenemos la situación dominada en el resto de la nave. En estos momentos, nuestros soldados habrán reducido a la tripulación.

Otro oficial, tembloroso, susurró antes de regresar a su puesto:

—No recibiremos permiso para descender en la Tierra. Y si insistimos nos destruirán.

—De eso nos ocuparemos cuando llegue el momento —sonrió levemente Mauro.

Poco después subió Isuke y les notificó que la situación había sido dominada. Sólo habían sufrido una baja y en cambio ellos habían tenido que matar a tres tripulantes. Los demás habían prometido acatar las órdenes de los nuevos dueños del puente de mandos.

Mauro señaló los dos cadáveres y dijo a Isuke:

—Llama a unos compañeros y arrojad estos cuerpos, así como los otros, al espacio —se encogió de hombros—. Creo que el general merecería honores militares. Al fin y al cabo, murió creyendo cumplir con su deber.

Se turnaron para vigilar a los navegantes, hasta que la nave se sumergió en el hiperespacio a pocos kilómetros de la gigantesca nave

«Antares». De ésta recibieron varias llamadas demandando noticias. Allí debieron de ponerse nerviosos ante el silencio de la nave que debían recoger para llevarla directamente a Orión V.

Pero no pudieron impedir que la silenciosa nave se les escapara.

* * *

Mauro se sintió otro hombre cuando, después de despojarse de la armadura de combate, pudo tomar una ducha. Desnudo se tumbó en una litera y allí descansó varias horas.

Despertó y sintió hambre. Acudió al comedor. Allí estaba Bárbara.

La miró arrobado. Se había quitado no sólo el odioso traje de lucha, sino también el uniforme. Llevaba una corta falda. Nada más. Le sonrió al verle. Y aquella sonrisa cautivó a Mauro. La veía más bonita que nunca.

—Te serviré algo de comer —dijo ella levantándose.

Mauro se resignó y quedose quieto mientras ella le acercaba una bandeja con viandas. Mientras comía y bebía ella le miraba y le sonreía.

—Estás muy seguro de poder bajar a la Tierra con nosotros —dijo ella.

—Tengo que tener fe en algo, ¿no? Ya he perdido bastante desde que aquel tipo llamado Morle Darben usurpó mi personalidad y me hizo entrar en Base Aries.

—Supongo que cuando tengas ocasión presentarás una demanda contra él, ¿no es así?

Mauro la miró sorprendido.

—¡De ninguna manera! En realidad, no lo he pasado bien, pero tengo que agradecerle mucho a ese tipo. Por ejemplo, conozco la verdad y no la dulce mentira que nos rodeaba a los terrestres desde que nacíamos. Y también, por supuesto, me ha permitido conocerte a ti.

—Me temo que no podremos continuar mucho tiempo juntos.

—¿Por qué lo dices? —dijo él, dejando de comer.

—Es posible que con tu intervención, el Mando Supremo se vea obligado a rectificar e incluso sea destituido, pero... No sé. Pienso que a mí, por no ser ciudadana de la Tierra, me obligarán a salir y...

—Si yo no puedo conseguir que te quedes conmigo, lo arreglaremos marchándonos juntos a otro mundo.

Se había quedado pensativo y ella se le acercó, preguntando:

—¿En qué piensas?

—En una chica vacía y tontuela llamada Alesi, pero que fue la primera en despertar mi curiosidad poco antes de emprender esta loca aventura. Me habló de la vieja historia de la Tierra, de sus horrores y yo no la creí. ¡Qué lejos estaba de pensar que lo que aún debía observar iba a ser más horrendo!

—¿La querías?

—¿Quieres decir si la amaba? Oh, nada de eso. Sólo nos atraíamos. Ella se lió con Bruno. Tal vez aún sigan juntos.

Calló y sintió el rumor de las entrañas de la nave. Rugía mientras navegaba por el hiperespacio, en dirección a la Tierra.

Bárbara empezó a besarle en el cuello.

—No quise despertarte, cariño. Estabas dormido, tan profundamente, que... Bueno, mi camarote es amplio y aún quedan unos días para llegar a la Tierra.

—Ve tú primero, yo iré enseguida —replicó él con la mirada vaga.

Cuando se quedó solo, pensó de nuevo en la Tierra. En realidad no dejaba de pensar en aquel mundo y en lo que debía decir y hacer para que el único testimonio que llevaban a bordo, Illía, fuese creída.

Illía decía que se podía convivir con los meskas, y él la creía.

Lentamente, Mauro se levantó. Se dirigió hacia el camarote de Bárbara.

Antes de entrar en él creyó ver la figura estilizada de Illía apoyada en la esquina del pasillo, observándole de soslayo.

Se asomó antes de cerrar y le sonrió.

FIN